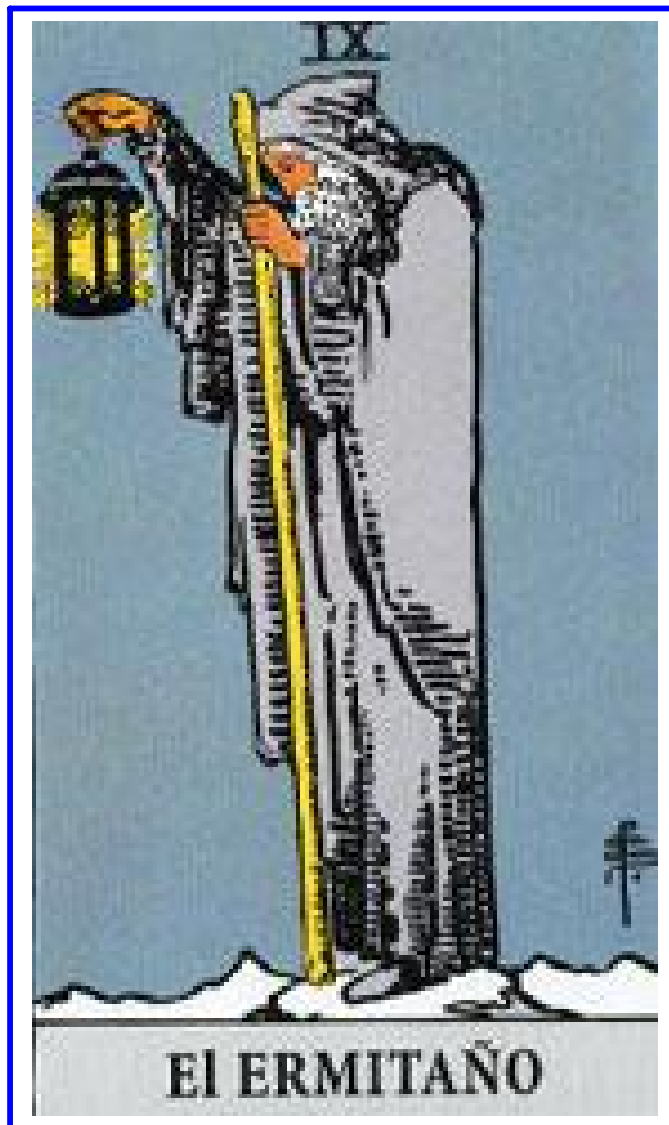


BENEDICTO GONZÁLEZ VARGAS

EL ERMITAÑO



**Editorial Café Con Leche
2000**

© **Benedicto González Vargas.**

© **Editorial Café Con Leche.**

Se terminó de imprimir esta primera edición en Santiago de Chile, octubre de 2000.

1000 ejemplares.

Dedicado a Dios, que nunca falla y a todos sus hijos, especialmente a mis padres, Irma y Benedicto, por ser un permanente ejemplo de Amor en mi vida; a mi esposa, Helein, por su amor sincero y su apoyo permanente y a mi pequeña Helein de los Ángeles, por esa sonrisa dulce que me regala cada tarde.

Un agradecimiento muy sentido a quienes me enseñaron las primeras letras: mi tía Hilda Laura y mi primer profesor, un gran hombre, don Luis Hernán Pérez Jiménez.

Y a todos quienes ayudaron a convertir este libro en realidad.

INDICE

Primera Voz	5
Segunda Voz.....	7
I Los Inicios del Ermitaño.....	8
II El Regreso del Ermitaño.....	10
III Palabras sobre la Fe.....	13
IIII Palabras sobre el Amor.....	14
V Palabras sobre el Sueño.....	17
VI Palabras sobre la Alegría.....	19
VII Palabras sobre el Dolor.....	21
VIII Palabras sobre los Niños.....	22
VIII Palabras sobre la Sabiduría.....	24
X Palabras sobre la Religión.....	26
XI Palabras sobre la Patria.....	28
XII Palabras sobre la Guerra.....	29
XIII Palabras sobre la Muerte.....	31
XIII Palabras sobre la Paz.....	32
XV Palabras sobre el Dar y el Recibir.....	33
XVI Palabras sobre la Amistad.....	35
XVII Palabras sobre los Animales.....	37
XVIII Palabras sobre el Trabajo.....	39
XVIII Palabras sobre el Matrimonio.....	41
XX Palabras sobre la Mujer.....	43
XXI Palabras sobre la Belleza.....	45
XXII Palabras sobre la Conversación.....	46
XXIII Palabras sobre la Plegaria.....	48
XXIII Palabras sobre la Razón y el Corazón.....	49
XXV Palabras sobre la Poesía.....	51
XXVI Palabras sobre los Libros.....	53
XXVII La partida del Ermitaño.....	54

PRÓLOGO A DOS VOCES

PRIMERA VOZ:

Benedicto González es un escritor joven que, con su estilo reposado, nos entrega por boca de su personaje sus creencias, su visión de mundo y la de los hombres que escuchan a éste, su Ermitaño.

En el lenguaje hay mesura, una cierta morosidad en la entrega del mensaje; esto, por una parte, debido al gusto por la reiteración —al estilo de las escrituras bíblicas— para remarcar sus ideas ya también, por el uso de antítesis, paradojas y otras figuras literarias que recuerdan el lenguaje sentencioso del Eclesiástico.

A través de la obra se advierte un trasfondo de creencias que aparecen como verdades de un pensamiento rector que sostiene la existencia del autor y que se han hecho carne en su obra. Hay mención de temas profundos como los relacionados con Dios, la sabiduría, la religión, etc., que aparecen señalados, desde su punto de vista muy particular, como una especie de dogmas para su exponente y que, por lo mismo, no necesariamente deben ser aceptados por todos, aunque se revelen como plenos de bondad o de comprensión.

Este libro —como lo ha reconocido el autor— se ha inspirado en la obra de Nietzsche Así hablaba Zarathustra.

Hay aquí dos posiciones diversas ante problemas trascendentales. Dos concepciones o formas de mirar el mundo, distintas y diferentes, aunque a veces tengan puntos de contacto.

Difícil es partir de Nietzsche, ex cristiano, protestante; que ha dejado de lado al Dios en el cual creía y proclama: "¡Dios ha muerto"! Algo horrible ha sucedido: "...el hombre le ha dado muerte a Dios". Posteriormente declara: "Hombres superiores, nuestro mayor peligro ha sido ese Dios. Habéis resucitado desde que él yace en la tumba. Solamente ahora vuelve el gran mediodía. Ahora el hombre superior llega a hacerse amo...Dios ha muerto; ahora queremos que viva el superhombre".

Monumentales afirmaciones, estas que hace Nietzsche, gran pensador y filósofo, luego de haberse apartado de su iglesia y de su religión. Ha renegado de su Dios para poder liberarse y dar paso al hombre que vendrá, el superhombre, porque la vida, para él, es "lo que debe ser superado".

Después de haber concebido la idea de la muerte de Dios, Nietzsche se siente iluminado con la idea del Eterno Retorno y cree descubrir que el hombre y toda su vida, su yo y sus circunstancias (su ser y su entorno) deberán repetirse exactamente igual en algunos y varios momentos, durante toda la eternidad. El descubrimiento de esta idea le causa la mayor alegría y desata, en Así hablaba Zarathustra, un canto exultante y poético que nos permite gozar de un lenguaje pleno de belleza y lirismo. Con razón nuestro autor en El Ermitaño, se ha inspirado en él, aunque en su filosofía de vida, en su creencia espiritual, no concuerde con el pensador alemán.

Al igual que Zarathustra, El Ermitaño de nuestro autor es una especie de profeta o revelador que, luego de acumular sabiduría, se lanza al mundo para comunicarla.

Zarathustra, al dejar su refugio en la montaña, para ir hacia los hombres, se encuentra con un ermitaño quien le aconseja que no se dirija a ellos; que no les

dé nada, si no se lo piden, y más aún, que les quite algo, mejor, para alivianarles la carga. Este ermitaño ama a Dios y manifiesta haberse quedado en el bosque para alabarlo, a través de sus canciones.

Es con este ermitaño del bosque con quien tiene mayor similitud el del narrador, pero es indudable que es Zarathustra el que lo lleva a concebir a su personaje como un anti-Zarathustra u oponente a las ideas de Nietzsche, ya que este anacoreta reniega hasta de los animales que acompañan a Zarathustra: el más arrogante de los animales, el águila, y el más inteligente, la astuta serpiente.

Remarca su posición cuando dice no ser pensador del ocaso, sino del amanecer. En cuanto a esto, hay que hacer notar que Nietzsche pensaba que el ocaso era el momento en que el sol daba su luz a la Tierra en forma más cercana, descendía hacia ella (simbólicamente, entrega de mayor sabiduría).

Nuestro escritor cree en la existencia de Dios, al parecer de un Dios que sería reconocible en todas las religiones que lo conciben como un creador benéfico.

En cuanto a creencias espirituales, él expresa: "Todos los hombres necesitan creer en algo, aunque temamos equivocarnos; es necesario que volvamos a ser tan puros e inocentes como niños". Y añade: "nuestra fe y nuestro temor están siempre en pugna". Para él, Dios es un ser creador, omnisciente y omnipotente que ha otorgado al hombre inmensos dones y del cual éste debe estar agradecido y darle sus sentidas gracias, pero no abrumarlo insistiendo reiteradamente con sus problemas ante él. Curioso, esto último —sin duda— si pensamos que este Dios es el que podría resolver todo sin dilaciones.

Dice el autor, refiriéndose a este Dios: "Demostrémosle siempre nuestro agradecimiento, aún antes de que se cumplan nuestras peticiones, porque esa es la mayor prueba de fe que podemos darle y la fe es recompensada siempre", "pero debe haber plegarias de gratitud y fe, de reconocimiento de su magnificencia divina", "no sólo oraciones interesadas".

Como dato curioso, Nietzsche, a los veinte años, escribía, al egresar de la escuela Pforte, donde había hecho sus estudios: "A él a quien le debo casi todo, dirijo, en primer lugar, el homenaje de mi gratitud ¿qué acción de gracias puedo ofrecerle que no sea la ferviente adoración de mi corazón, que más vivamente que nunca siente la grandeza de su amor, ese amor al que debo este momento, el más hermoso de mi existencia?. Ojalá sea Dios mi fiel apoyo y me tenga siempre bajo su guarda".

Seguramente que coincidiría nuestro escritor con este Nietzsche. Pero ¿qué llevó realmente al famoso filósofo a un cambio tan dramático? La respuesta es que Nietzsche no veía oposición entre su posición religiosa y la investigación de la verdad. La libre investigación de lo verdadero junto al convencimiento de que conduce espontáneamente a la religión, es uno de los rasgos característicos del protestantismo alemán moderno.

Además, se ha querido ver en la salud de Nietzsche este notable cambio. Sólo nos queda la duda ante esa mente formidable. Pero volvamos al autor: hay una serie de paradojas enunciadas en la obra, las cuales nos harán reflexionar. Busquémoslas.

Nos quedamos pensando en este Ermitaño, "El Elegido", "El Tan Amado". Este que se mueve en el número de la perfección, el 9. Este que busca, con su farol, la verdad y a la vez ilumina al mundo en su búsqueda.

Nos surgen interrogantes. Bien por eso, porque esta obra literaria nos mueve a reflexionar, a razonar, a cuestionarnos, y ese es su gran mérito.

Angélica Sepúlveda
Santiago de Chile, noviembre de 2000.

SEGUNDA VOZ:

El Ermitaño, personaje simbólico que no requiere explicación, pues se presenta en cada cultura y en cada momento de la evolución humana. El anciano de larga barba que sólo necesita su bastón para conectarse con el plano terrenal y una lámpara que ilumina su camino y su mente (y la de todos los que lo escuchan). He aquí la columna vertebral de este texto profundo que analiza el alma humana y sus necesidades espirituales. Este libro que comenzó a gestarse primero en el corazón de su autor para luego, desde su intelecto, cobrar vida, nos beneficia con una serie de enseñanzas que ayudan a centrar la vida en la verdad y en la luz.

Esta obra se inscribe en el mismo género literario que El Profeta, de Khalil Gibran y en ella Benedicto González hace hablar al Ermitaño desde su sabiduría, la que se fue forjando a lo largo de más de ochenta años. El libro invita al lector a plantearse la vida de una forma más exacta, sin el velo de las apariencias que distorsionan la realidad de la Perfección y del Amor.

La intertextualidad que este libro tiene con Así hablaba Zarathustra es evidente —aunque no exclusiva, porque también resuenan otros ecos literarios—, en la obra se rescata al personaje que se encuentra con Zarathustra en el bosque y se lo eleva a la categoría de sabio capaz de transmitir el más puro amor que viene de Dios, sacándolo de la pesada limitación terrena en que está sumergido el personaje nietszcheano y revelando lo que en él hay de divino, profundo y mágico.

Sin dudas este es un trabajo complejo, no es fácil reelaborar un personaje que es un hito en la literatura y la filosofía de Nietzsche (es tras el encuentro con el Ermitaño cuando Zarathustra revela su más terrible enseñanza: la muerte de Dios). Sin embargo, todo esto queda atrás al seguir la huella de este otro Ermitaño, el de nuestro autor, un personaje etérico, sabio, pleno de la divinidad y dispuesto a iluminar las conciencias.

En este texto maravilloso resplandece la magia del tarot, la que está claramente guiando la mano del autor, el arcano número nueve es el leiv motiv y una lectura atenta del libro revelará los muchos lazos que esta obra tiene con la más famosa de las cartomancias. Pero eso no es todo: este es un libro pleno de relaciones místicas, espirituales, religiosas, metafísicas, numerológicas, etc., en que la Luz guía cada palabra y cada idea. El Ermitaño es, sin duda, una obra que abrirá conciencias y llevará una verdad a muchos seres que necesitan un camino para avanzar.

Ángel Bey
Santiago de Chile, Primavera de 2000.

I

LOS INICIOS DEL ERMITAÑO

Nueve años tenía El Ermitaño, el Muy Amado, cuando dejó su patria, y los campos de su patria, y a los hombres de su patria y se retiró hasta lo más espeso de un bosque, más allá de los grandes ríos y de toda obra humana, dejando a sus padres y hermanos para siempre.

Nadie sabe por qué El Ermitaño, el Tan Amado, dejó su patria, y los campos de su patria y a los hombres de su patria, dejando a sus padres y hermanos para siempre. Y nadie sabe qué fue lo que hizo durante los larguísimos años que vivió en su ermita. Nueve años tenía El Ermitaño, el Bien Amado, y era un niño.

Y hubieron de venir muchos amaneceres antes de que los hombres supieran algo del Ermitaño, el Elegido. Contradictorias leyendas circulaban por todas partes sobre un tal anacoreta que vivía solo en el bosque. Pero todos le temían, se hablaba de él con el mismo temor con que se habla de algún demonio y se lo invocaba con la misma facilidad con que se invoca a algún demonio. Nadie osaba acercarse a los bosques que están más allá de los grandes ríos y de toda obra humana, porque temían encontrarse con él y que les hiciera daño. Mas todos, sin excepción, ocultamente, lo admiraban. Pero nadie, nadie, sabía nada del Ermitaño.

Por aquellos días, El Ermitaño, el Más Amado, pasaba sus horas buscando la Sabiduría, la buscaba con desespero, hora tras hora, porque algún día habría de cumplirse el tiempo de su apresto y debería volver a los campos de su patria. Por eso buscaba la Sabiduría, la buscaba con pasión, porque algún día debía cumplirse el tiempo de su apresto y él debería regresar a los hombres, sus hermanos. Por eso buscaba la Sabiduría, con esfuerzo, para que cuando se cumpliera el tiempo de su apresto, él pudiera regresar a su pueblo, con nuevas noticias. Y mientras la buscaba, componía canciones y las cantaba, pero sus canciones eran Sabiduría. Y por eso es que mientras cantaba reía, lloraba, murmuraba y contemplaba. Falsas son las ilusiones de los que buscan el ocaso, porque la Sabiduría es esplendor del amanecer.

Larguísimos años vivió El Ermitaño en el bosque, y acumuló mucha Sabiduría, su rostro de niño se tornó de hombre y sus bucles juveniles fueron larga cabellera, y aún no se cumplía el tiempo de su apresto.

Larguísimos años vivió El Ermitaño en el bosque, y acumuló mucha sabiduría, su rostro de hombre fue surcado por el tiempo y su larga cabellera se volvió blanca y le caía por los hombros, confundiéndose con una larga barba blanca. Y aún no se cumplía el tiempo de su apresto.

Por aquellos años, osados hubo que cruzaron los grandes ríos que están más allá de toda obra humana. Algunos consiguieron verlo, mas no le hablaron, tal fue la impresión que les causó el Amado; salieron huyendo con tal energía que más parecía que iban bailando, pero al volver a la patria contaron sólo mentiras. Es que eran profundamente infelices, porque eran profundamente egoístas.

Pero los hombres tendrían que esperar, porque aún no se cumplía el tiempo de su apresto.

Y el Siempre Amado acumulaba sabiduría.

Mas, una primavera, cuando los grandes ríos vieron redoblado su caudal por los deshielos de la montaña y cuando El Ermitaño vio redoblada su frente por los deshielos de su cabellera, mientras su luenga barba le llegaba hasta el cinto, su corazón le entregó el mensaje: Ya era hora de volver.

Nueve veces nueve era la edad del Ermitaño, el Noble Amado, cuando regresaba a su patria, a los campos de su patria, a los hombres de su patria.

Nueve veces nueve era la edad del Ermitaño y se veía como un niño.

II EL REGRESO DEL ERMITAÑO

Apoyado en su bastón e iluminado por un farol, inició El Ermitaño, el Elegido, el camino de regreso a los campos de su patria. Mucho debió caminar para salir de la espesura del bosque y muchas canciones tuvo aún tiempo de componer mientras lo hacía. Largas fueron las jornadas de su regreso, largas y solitarias, por eso es que el Muy Amado entonaba una canción que decía:

*"En verdad que he vivido
lejos de mi Patria
mucho tiempo.
En verdad que he estado
lejos de los hombres
mucho tiempo.
En verdad que fue larguísimo
el tiempo de mi apresto.
mas ahora vuelvo
con el corazón contento"*

Y, de ese modo, fue acercándose a su Patria.

Al amanecer del noveno día El Ermitaño llegó a las orillas de los grandes ríos. Iba el Elegido apoyado en su bastón y llevaba en su mano derecha un farol para iluminarse.

Y cruzó el Siempre Amado los grandes ríos y llegó a las puertas de una aldea. Cuando lo vieron venir los hombres de la aldea, dijeron:

—Vemos venir de más allá de los grandes ríos a un hombre joven, casi un niño, disfrazado de anciano. Seguramente es un loco o un errante.

Pero se equivocaban, no era un loco ni un errante, ni tampoco era un hombre joven, ni tampoco un niño. Era un anciano cuya sabiduría resplandecía como resplandece en la obscuridad un amanecer.

Muy pronto llegó El Ermitaño hasta la plaza central del pueblo. Entonces, se le acercaron todos y al contemplar su figura, al ver su larga barba encanecida y al ver los surcos de su piel, un inmenso temor se apoderó de todos, como si hubiesen visto a algún demonio. Y empezaron a retroceder, y tomaron de la mano a los ancianos y a los niños y se los llevaron consigo. Tuvieron miedo del Ermitaño.

Cuando el Elegido quedó solo, esto dijo a su corazón: "En verdad que los hombres me temen, en verdad que ha pasado mucho tiempo desde que me alejé de ellos. En verdad que muchas mentiras se han dicho sobre mí. Pero aquí estoy ahora, amo a los hombres, como amo a la sabiduría y por eso los entiendo. Necesario es que se den cuenta de que muchas mentiras se han dicho sobre mí. Necesario es que crean en mí, porque yo soy hombre y es necesario que los hombres vuelvan a creer en el hombre y no le teman, porque del temor nacen

demasiados males y toda mi vida he estado yo buscando el bien para mostrárselo a los hombres, mis hermanos.

Entonces, El Ermitaño, el Dulce Amado, apoyado en su bastón e iluminado con su farol, dijo:

—No me temáis, hermanos míos, verdad es que ha pasado mucho tiempo desde que abandoné los campos de mi Patria y me retiré hasta lo más espeso de los bosques que están más allá de los grandes ríos y de toda obra humana. Verdad es que muchas cosas se os han dicho sobre mí y verdad es que a causa de ella me teméis como a un demonio. Mas, ha llegado ya la hora en que me ha sido dado el permiso para volver a vosotros, mis hermanos; ha llegado ya la hora en que puedo estar con vosotros y compartir con vosotros, para enseñaros las canciones que he aprendido.

Y siguió:

—No me temáis, hermanos míos, no me temáis, porque yo os traigo un mensaje de felicidad y no es posible a ningún mensajero dar mensaje alguno si se encuentra solo.

Cierto es que muchas cosas os han sido dichas sobre mí, pero yo os digo hoy: ¡son falsas! Son los predicadores del ocaso los que os han traído un mensaje equívoco. Mi alma no desconfía de los hombres, mi alma ama a los hombres, es ésa su felicidad. Vamos, hermanos míos, vedme, ¿parezco acaso un demonio? ¿van conmigo animales rastreros o aves rapiña? ¿carga acaso sobre mis hombros titiriteros muertos? No, porque yo no os vengo a predicar nada, yo no os vengo a convencer de nada, yo solo vengo a compartir con vosotros mi único tesoro, mas ¿cómo puedo compartir algo si estoy solo? ¡Acercaos! Yo no llevo en mi cuello animales rastreros ni sobrevuelan mi cabeza aves rapiñas, un humilde farol es lo que tengo y un humilde bastón para apoyarme. ¿Tan cobardes os habéis vuelto que desconfiáis incluso de los ancianos? Decidme, ¿tan cobarde se ha vuelto el mundo?

Se oyó entonces la voz de una mujer que dijo:

—¿Y por qué habríamos de creer que estamos seguros a tu lado? Verdad es que no vienen contigo animales rastreros ni aves de rapiña, pero ¿sabemos acaso cuáles son tus intenciones? Muchos años estuviste solo en la espesura de los bosques que están más allá de los grandes ríos, muchos años conviviste con animales salvajes que viven en lo más espeso del bosque, ¿cómo sabemos si no te has vuelto salvaje también? ¿Cómo sabemos si no has sido un oso entre los osos? No, Ermitaño, no podemos confiar en ti de buenas a primeras.

—Inteligentemente has hablado, mujer, —dijo el Elegido— en verdad es que vuestros temores son fundados, porque muchos años ya lleva el mundo conociendo de personas que dicen ser buenas y dicen amar a los hombres y dicen defender a los hombres, pero, sin embargo, en nombre de la felicidad y de la justicia levantan sus espadas contra los hermanos. Inteligentemente has hablado, mujer, y lo único que puedo deciros es para que creáis en mí es que yo soy aquel que tiene como único deseo compartir un poco de fe con vosotros, mis hermanos. Muchas cosas he aprendido en mi retiro voluntario y sobre ellas puedo hablaros si lo deseáis. No importa, no salgáis de vuestros escondites, si me dejáis, yo os puedo hablar desde aquí de aquello que os interese saber. Mi corazón está henchido de esperanza de que me creeréis; es más, estoy seguro de que ya me

creéis, de lo contrario ya habríais tomado armas contra mí y yo ya no podría abrir mi boca más que para emitir quejidos y lamentos.

—Tienes razón, Ermitaño, —dijo la mujer— todos queremos creerte, mas algo nos lo impide, ¿qué puede ser? ¿Puedes explicarnos este fenómeno?

Y El Ermitaño, el Elegido, sentándose en el suelo, bajo un árbol de la plaza, dijo así:

III PALABRAS SOBRE LA FE

—Todos los hombres necesitamos creer en algo y buscamos ansiosos aquello en lo que hemos de creer. Mas todos los hombres tenemos temor de equivocarnos y continuamente tomamos demasiadas precauciones y esas muchas veces esas demasiadas precauciones nos impiden encontrar aquello que buscamos. Necesario es que los hombres volvamos a ser tan puros e inocentes como los niños, ellos creen en las cosas que les agradan y las aceptan sin mayores preocupaciones. Ellos no sospechan de un león cobarde que quiera ser conocido por su valor y arrojo para infundir temor y causar daño a los demás, ellos sólo desean que ese león cobarde pueda ser valiente porque intuyen que eso lo haría feliz.

Ahora bien, nuestra fe y nuestro temor están siempre en pugna, porque otro de los nombres del temor es duda y debemos procurar que no exista.

Todos los hombres procuramos creer en algo y a ese algo lo llamamos de muchas maneras, lo importante no es cómo nombrar o qué nombre dar a aquello en que ponemos nuestra fe, sino que la cuestión es que aquello debe ser digno de que depositemos nuestra fe. Por eso, entendedme bien, yo no reniego de la duda, ¡la duda es tan importante como la fe! porque una buena duda, al despejarla, puede hacernos creer más firmemente en las cosas. No se trata, por lo tanto, de creer todo de buenas a primeras, necesario es ser cuidadoso con aquello en lo que hemos de poner nuestra fe, cuidadoso no significa entorpecer nuestro camino con temores infundados, prejuicios, complejos o preocupaciones absurdas, significa ocuparse en despejar la duda. Lo verdaderamente importante es no cerrarse a nada y tener siempre el corazón dispuesto para creer, una vez que las dudas se hayan aclarado. La fe ciega puede llevarnos a la aniquilación de nuestra fe, mas las dudas absurdas e interminables, conducen a la misma aniquilación. Necesario es que seamos cuidadosos, pero también es necesario hacerle caso al corazón, ya que si él no está de acuerdo con algo, no habrá razón alguna que lo haga comprender. Recordad aquello de que "el corazón tiene razones que la razón desconoce", pero procurad que vuestro corazón sea como el corazón de un niño, porque el corazón de un niño está henchido de fe y de preguntas.

Otros, antes que yo, os dijeron que la fe es capaz de haceros caminar sobre las aguas. También se os dijo: "la fe mueve montañas". Pero no debéis olvidar jamás que lo verdaderamente importante es que la fe os haga más hombres. Porque sólo los hombres de verdad, aquellos que tiene corazón de niños, pueden confiar en sus semejantes e intentar abolir el temor, porque del temor nacen demasiados males. Sólo debemos permitir la existencia de la duda, de la duda creadora de auténtica fe.

Así dijo El Ermitaño, el Manso Amado, y cerró sus ojos para dormir, pues estaba muy cansado.

III PALABRAS SOBRE EL AMOR

Cuando hubo despertado El Ermitaño, el Elegido, la luna ya reinaba en lo alto de los cielos, mas todo el pueblo parecía como si estuviese de día, tal era el resplandor del farol del Ermitaño.

Al abrir sus ojos, se percató de que junto a él había pan, vino, agua y frutas frescas. También había flores, muchas flores, guirnaldas de flores multicolores que le rodeaban. Mas lo importante para El Ermitaño, el Sabio Amado, es que los hombres ya no le temían, habían salido de sus casas, se paseaban por las calles y al verlo, lo saludaban.

Se levantó, entonces el Muy Amado y comenzó a decir a las gentes:

—En verdad que estos presentes son vuestra demostración de afecto; en verdad que me los habéis traído con mucho cariño y amor y por eso, yo os agradezco desde el fondo de mi corazón, que es donde está depositado el amor.

Se acercó en ese momento al Ermitaño una pareja de enamorados y le pidieron que les hablara del amor, a lo que el Elegido contestó:

—Yo no sabría bien qué deciros si me preguntáis qué es el amor, puesto que es lo más grande del universo, más bien sabría responderos si me preguntáis cómo es el amor. Mas yo os hablaré con amor de lo que he descubierto sobre él, estad seguros, en todo caso, que no os diré nada nuevo, todo esto ya lo habréis sentido antes en vuestro corazón, mas ese sentimiento es inefable y difícil es aprisionarlo en esquemas o ilustraciones. Pero, con todo mi amor os cantaré las canciones que aprendí sobre el amor.

Diciendo esto, El Ermitaño, el Dulce Amado, se sentó bajo el mismo árbol en que estuvo por la mañana y bajo cuya sombra descansó. Muchas gentes se acercaron al Ermitaño para oírlo, mas la pareja de enamorados y los niños fueron los que más se le acercaron y esto dijo el Elegido:

—El amor es el canto y el soplo de Dios en todas las cosas, es la Ley Universal que rige la Creación, es el Creador mismo en su aspecto femenino impregnando de belleza nuestras vidas, el amor es uno sólo, pero puede manifestarse de múltiples maneras, por que es como el universo, Uno y Todo a la vez.

Verdad es que el amor es el más noble de los sentimientos, por eso no puede ser explicado, ni comentado, ni definido, ni demostrado en teoremas; verdad es que el amor es el más noble de los sentimientos y por eso sólo puede ser sentido.

Buscad siempre el amor, más que para recibirlo, buscadlo para entregarlo. Buscad siempre el amor y cuando lo encontréis, quedaos con él y seguidle, a todas partes, a todo lugar, que el amor os dará fuerzas para ir más adelante y soportar las espinas que, como puñales en flor, guarnecen su camino.

Seguid siempre al amor, mas no intentéis programarlo, no hagáis planes para dirigirlo, el amor mismo se encargará de llevaros donde él quiera y de daros lo que él quiera. El amor mismo, también, os dirá de qué forma desea quedarse con vosotros, física o espiritualmente. No lo presionéis, un amor prisionero y encadenado es sólo un fantasma de amor. Dejadlo ir y seguidlo amando; que el

amor se sublima en el sacrificio y llega a ser hasta más hermoso cuando más inalcanzable.

Pero, no os confundáis, gozad vuestro amor, que el amor es don de Dios, y sedle fiel siempre. El amor es algo maravillosamente grande y merece todo vuestro corazón.

Sí, en verdad que el amor es demasiado grande y en verdad que se necesita más de uno para sobrellevarlo sin corromperlo, porque el amor es algo que se entrega. Amor corrupto llamo yo a aquel que se guarda en el propio corazón, porque el amor siempre debe depositarse en un corazón que no sea el nuestro. Nuestro corazón debe *producir* amor, pero otro corazón debe recibirlo.

Necesario es que el amor sea siempre como un niño, puro y honesto. La sublimación del amor requiere sobre todo pureza y honestidad, porque el amor puede entregarse, y ésta es su misión, mas siempre debe entregarse con la honestidad del amante; dicha honestidad genera la pureza. Porque mil veces puede el amor hacerse deseo y pasión, hacerse deseo y entrega, pero siempre, cada vez, con pureza, con la pureza del amor sublimado.

Mas, no procuréis sólo la entrega corporal, eso es solamente animalidad y, peor que eso, la inconsciencia lo convierte en crimen, un crimen al amor. Amor asesinado, así llamo yo a la entrega sin pureza y henchida solamente de deseo.

Oh, amantes, ¡que vuestro amor sea tan fuerte que se convierta en el motivo de vuestras existencias! Pensad así: mi amor es mi vida, y procurad estar vivos siempre. Que el amor os dará alegrías sin límite y, en ocasiones, os acarreará tristeza y penuria. Pero, ¿no merece el amor esas tristezas vuestras también? Si la penuria es honesta y asumida con devoción ésta será la clave de futuras alegrías. Recordad que el amor hace milagros, porque de Dios procede, y el milagro más grande es cambiarnos nuestras vidas.

Oh, amantes, ¡Que vuestro amor os cambie vuestras vidas! ¡Que vuestro amor os dé un nuevo sentido a vuestra existencia!

Oh, amantes, ¡Que vuestro amor genere nueva vida! Porque el amor es el secreto combustible que mueve al mundo, la Ley Perfecta que todo lo consigue.

Mas, el amor no se posee, no puede ser poseído. Insisto, el amor sólo se entrega en libertad y se recibe con alegría y se lo cuida con devoción. Oh, amantes, ¡haced del amor vuestra devoción!

Que un gran amor es capaz de redimiros de todos vuestros pecados y de levantaros en todas vuestras caídas.

Buscad siempre entregar amor y aceptadlo siempre, ésta es la magia del amor.

Verdad que el amor no puede ser explicado, ni comentado, ni definido, ni demostrado, verdad es que el amor sólo puede ser sentido, entregado y cuidado.

Oh, amantes, ¡Cuidad siempre al amor! Que a vosotros os está encomendada su vida y su pureza. ¡No vayáis a corromperlo! Un amor pura genera nueva vida, mas un amor corrupto aniquila tu propia vida, aniquila a los corruptores.

Oh amantes, ¡amad siempre al amor! Y éste os dará nueva vida.

Así dijo El Ermitaño, y se acarició las barbas. Entonces, una mujer que estaba allí, se acercó al ermitaño y colocó una guirnalda de flores en su cuello y dijo así:

—Toma, Bien Amado.

Desde aquel día lo llamaron el Bien Amado.

Luego, dijo El Ermitaño:

—Ahora, yo aceptaré vuestro amor de buen grado.

Y diciendo así, empezó a comer pan y fruta fresca y a beber vino y agua. Comía con tanta avidez, que más parecía un niño que un anciano.

Entonces, todos le dejaron comer, mas no lo abandonaron y muchos hubo que le ofrecieron su casa para pasar la noche y a uno de ellos El Ermitaño aceptó y le siguió hasta su hogar. Cuando el Bien Amado desapareció tras el dintel de la casa, la noche se hizo patente y todos se maravillaban por no haberla notado.

V PALABRAS SOBRE EL SUEÑO

Bastante entrado el día despertó El Ermitaño, en la casa donde se alojaba nadie quiso molestarlo, pero en las calles, todos preguntaban: "¿Dónde está el Muy Amado? ¿Acaso se ha ido? Y los dueños del hogar donde pernoctó respondían:

—El Ermitaño, el Bien Amado, está aún durmiendo. Descansa en su cama como un niño y así ha estado toda la noche. ¡Qué persona tan especial es este Ermitaño!

Se levantó, pues, el Elegido y se dirigió hasta la calle; al verlo, la gente lo saludaba y le hacía señas de amistad y aprecio, hubo algunos que también le hicieron reverencias.

—No me hagáis reverencias —dijo El Ermitaño— que no soy un dios, ni un demonio, ni un rey, ni un pontífice. No me hagáis reverencias porque yo soy vuestro hermano y no un superior ¡dejad las reverencias para los superiores! Pero otro día os hablaré de eso.

—¿Has dormido bien? —preguntó un joven que se había levantado muy temprano—

—¿Por qué dormís tanto? ¿Es que acaso estáis enfermo? —dijo a su vez un hombre maduro—

—¿No es acaso el dormir sinónimo de pereza? —preguntó un hombre de negocios—

—¿Qué es el dormir, Maestro? —preguntó un niño— y muchos otros hicieron preguntas de este tipo, maravillándose de lo mucho que dormía El Ermitaño.

—¿Qué es el dormir? Preguntáis, es simplemente penetrar en el país de los sueños y del descanso, después de un día fructífero y trabajado.

Mas eso no es suficiente. Conveniente es que hable a vosotros de los sueños, porque un dormir sin sueños, no es un buen dormir. Dormir desaprovechado, así llamo yo al dormir sin sueños.

Los sueños son, pues, la esencia del buen dormir, del dormir plácido, del dormir confortable, del dormir tranquilo. El buen sueño trae felicidad, porque se produce en la felicidad. El buen sueño trae tranquilidad, porque se produce en la tranquilidad. El buen sueño trae descanso, porque se produce en el reposo merecido.

Sólo los que tienen el corazón contento y la conciencia tranquila, pueden dormir bien. Sólo aquellos que tienen la tranquilidad que les da el gozo de ser personas útiles a la sociedad, pueden dormir bien.

Por eso es que los ladrones y asesinos están al acecho preferentemente de noche, porque su conciencia les impide dormir bien.

Nunca digáis que el sueño es síntoma de enfermedad o sinónimo de pereza. Decid más bien que el sueño es muestra de que nuestra mente, nuestro espíritu y nuestro cuerpo están sanos y de que hemos tenido un día provechoso; porque el sueño, el verdadero sueño, es siempre algo positivo.

Los sueños, además, son mensajeros del alma, del Oculto Maestro que está en el corazón y que desea fervientemente guiarnos por el camino del bien,

pero que no puede obligarnos a ello, pues respeta nuestro libre albedrío. ¡Oh, hermanos, cuántas cosas se nos revelan en los sueños y cuán pocas somos capaces de desentrañar por tener cegados los ojos del alma!

Claro está, en todo caso, que vuestro dormir ha de ser bien ganado, el puro dormir, como el que se produce artificialmente, no sirve de nada. Si lo llevamos a exceso, puede incluso aniquilarnos como personas.

Así, pues, hermanos míos, haced de vuestro dormir un placer y aprovechadlo siempre y no os avergoncéis de él. Así pues, hermanos, es en el descanso del sueño donde debemos reponer las fuerzas ocupadas en el servicio diario.

Y diciendo esto, se puso a caminar por las calles del pueblo, ya que no las conocía. Iba el Siempre Amado, apoyado en su bastón y llevaba un farol para iluminarse.

VI PALABRAS SOBRE LA ALEGRÍA

Estaba, pues, el Elegido recorriendo las calles de aquel pueblo y todos lo acogían y saludaban con grandes muestras de amistad. Y muchos lo invitaban a compartir su mesa.

Y así pasaba sus días El Ermitaño, el Viejo Amado, y todos le querían.

Un día, estando el Elegido, el Dulce Amado, en la casa de un carpintero del lugar, y una vez que hubo almorzado, el dueño de casa dijo al Ermitaño:

—Hoy ha sido un día especial, has venido hasta nosotros llenando de alegría nuestros corazones, nos has traído el regalo de la dicha, bajo tu manto y te agradecemos por ello.

—En verdad os digo que yo no os he dado vuestra alegría —dijo El Ermitaño— mas, me felicito de haber estado aquí en estos momentos de alegría, ya que la alegría de los hombres, mis hermanos, es la mía propia.

Y la mujer de la casa dijo:

—¿Por qué decís eso, Bien Amado? ¿Es que pensáis que lo que os ha dicho mi esposo es sólo un cumplido adulatorio, una hueca lisonja?

—No, mujer, yo no dije eso, sólo los hacía partícipes de mi pensamiento sobre la alegría —dijo El Ermitaño—

—¿Y qué pensamiento es ese? —dijo el dueño de casa— ¿Por qué no compartís en profundidad con nosotros? Siempre es una alegría escucharte.

—En verdad yo os creo cuando me habláis de vuestra alegría —empezó diciendo el Tan Amado— y en verdad que creo también que esta alegría ha sido espontánea reacción que algo tiene que ver con mi presencia, mas yo no os he traído vuestra alegría, no es efecto de causa alguna generada por mí. Vuestra alegría es propia, vosotros mismos la habéis fundido y moldeado en la fragua de vuestros corazones.

Es que la alegría, hermanos míos, es un sentimiento virtuoso que nace de nuestros propios dones y satisfacciones, la alegría es el premio de nuestra perseverancia y de nuestra fe. Por eso es que cuando hemos hecho algo honesto, virtuoso, servicial, estamos alegres en la medida de la manifestación de nuestras virtudes. Nuestra alegría sólo nos acompaña cuando hemos servido o cuando nos preparamos conscientemente para servir, cuando desarrollamos en nuestros corazones la verdadera naturaleza de nuestro ser y se manifiesta en la vida diaria. A un hombre frustrado, nadie puede alegrarlo, ni siquiera los magos de caminos amarillos. Si hubiese un mago tan potente capaz de tornar corazones y cerebros, ni aún él podría alegrarlo, ni con todos los regalos de la tierra, porque la alegría es magia pura de nuestro corazón. Pero, si nuestro hombre sale de la frustración, sólo será necesario que abra los ojos para estar alegre. Un mago sólo puede ayudar a abrir los ojos, nada más.

Yo, con vosotros, he sido eso, un mago que os acompaña, mas vuestra alegría es la satisfacción de vuestras obras, la satisfacción de aquellas cosas que incluso parecen nimias: haberme traído a vuestro hogar, preparado una comida deliciosa y comprobar que me deleitó, etc., eso es sólo la satisfacción de haber cumplido un buen servicio. Yo os pregunto: ¿Si al llegar yo aquí vuestro almuerzo

se hubiera derramado o hubierais notado descuidos en su preparación, estaríais felices? ¡Estad ciertos que no! Por más que yo os hubiera hablado de la alegría vuestro ceño fruncido revelaría contrariedad.

Ahora bien, vosotros me invitasteis y todo ha salido perfecto. Vuestra propia satisfacción del servicio bien cumplido os permite la disposición para abrir los ojos y los oídos y escuchar mis canciones que os parece provocar vuestra alegría. Todo aquel que cumple consigo mismo, cumple también con los demás, porque en la vida somos todos interdependientes. No hay mayor alegría que hacer las cosas bien, ni mayor dolor que no hacer nada.

—Entonces, Maestro, —dijo el dueño de casa— ¿nadie puede provocarnos alegría? Yo recuerdo que cuando mi mujer me aceptó, fui feliz, aún lo soy, porque ella era inalcanzable para mí y yo veía en esos años muy difícil que llegara a aceptarme; mas, cuando me dijo que sí, ella me hizo feliz.

—Cierto es lo que dices, es más, puedo deciros que la alegría fue mutua, mas yo os digo que esa alegría fue llegar a merecerse mutuamente, el llegar a encontrarse el uno con el otro, el llegar a verse. Por eso os digo que tanto merecer, como encontrar e, incluso, ver, requieren primero de una consciente voluntad de ser mejores. Y ser mejores, es cumplir con uno mismo.

—Ermitaño —dijo la mujer— dijisteis el otro día en la plaza que el amor es entregarlo todo y que el amor provoca alegría y dolor. Entregarlo todo es cumplir con uno y con los demás, ¿cómo, entonces, debemos entender esto de la alegría, si a veces entregamos todo y aun así hay dolor?

Respondió El Ermitaño:

—También os dije que la penuria bien asumida es la clave de futuras alegrías, también hoy os he hablado de perseverancia y fe y aquel día os hablé de fidelidad. Si me lo permitís, os puedo hablar también del dolor, porque no se puede comprender la alegría, si no se comprende el dolor.

Así dijo El Ermitaño, el Muy Amado, y le pidieron que les hablara del dolor.

VII PALABRAS SOBRE EL DOLOR

Empezó, pues, el Elegido a hablar así:

—¿Qué es el dolor?, nos preguntamos, y siempre nuestra respuesta tiene que ver con cosas tristes y negativas; mas no sólo eso, muchas personas hay que lo estigmatizan de castigo. Pero el dolor no es un castigo, es una preparación para futuras alegrías. Porque el dolor enseña, el dolor prepara, el dolor cava en nuestros corazones y los hace capaces de contener más dolor; mas, cuando éste se va, es tanta la profundidad de la copa del corazón, que somos capaces de contener más alegría. Así el dolor, más que un enemigo, es un aliado de nuestra felicidad.

Siempre que vuestro corazón se encuentre sumergido en un gran dolor, pensad que futuras alegrías ocuparán su lugar y que vuestro sacrificio os servirá para haceros más humanos y para apreciar vuestra propia humanidad.

No debéis rehuir al dolor, porque si lo hacéis, os estaréis apartando de la alegría; el dolor y la alegría son los dos polos de un mismo péndulo, son inseparables el uno del otro y van turnándose para ocupar nuestro corazón. Esto que os digo es la esencia de nuestra humanidad. Porque el hombre no es hombre, a diferencia de las bestias, por el sólo hecho de saber, hablar o hacer. El hombre pertenece a un reino distinto y superior al de los animales por el hecho de sentir conscientemente. Yo viví mucho tiempo entre las bestias del bosque y aunque lo nieguen los que enseñan, a muchas vi hablarse en sus propios idiomas, a muchas vi fabricar herramientas o regias madrigueras para sus escondites y puedo asegurar que a muchas vi pensar antes de solucionar un problema. Mas no vi yo a bestia alguna reír o llorar de verdad, vale decir, con consciencia de su dolor y de su alegría.

El dolor, hermanos míos, es como un otoño donde mueren los frutos que permitirán el nacimiento de aquellos nuevos que vendrán en el verano.

No despreciéis al dolor, porque no debéis ser vosotros de aquellos que predicán el ocaso absoluto, ni vais tampoco acompañados de animales rastreros ni de aves de rapiña.

Sólo el ocaso que renace de sí mismo es propio y nuestro. El ocaso que destruye y crea de la nada es ficticio y perverso. Ocaso destructor, así llamo yo a las prédicas del que carga titiriteros muertos.

Que vuestro dolor sea creador y forjador de nuevas alegrías.

Así dijo El Ermitaño y despidióse de todos y salió de esa casa y llegó hasta los árboles que bordean un río y allí se dispuso a dormir siesta.

VIII PALABRAS SOBRE LOS NIÑOS

Y estaba, pues, El Ermitaño, el Más Amado, durmiendo plácido bajo la sombra fresca de los árboles de la ribera, cuando un creciente murmullo de voces infantiles llegó hasta sus oídos y lo despertó.

Una docena de niños habían llegado hasta el lugar jugando, corriendo y gritando. Todos eran niños entre los cuatro y los nueve años. Niños y niñas.

Y al llegar hasta cerca del Ermitaño, pese a que lo vieron y se comunicaron entre ellos que estaba el Maestro, no dejaron de correr y de gritar. Y el Ermitaño, el Bien Amado, despertó.

En ese momento, llegaron también hasta el lugar algunos padres y otras personas mayores, pues tenían la intención de impedir que los chicuelos despertaran al Ermitaño. Mas cuando hubieron llegado, se dieron cuenta que ya nada podían hacer, pues el Elegido estaba despierto y tenía en brazos a una pequeña y acariciaba a todos y les cantaba y parecía feliz.

Entonces, una mujer, la madre de la niña que estaba en las rodillas del Maestro, visiblemente molesta y preocupada, increpó duramente a la niña de este modo:

—¿Que haces ahí, hija mía? ¿No te dije que no molestaras al Elegido? ¿No viste que estaba dormido? ¡Ciertamente eres una niña desobediente y mala!

La niña, entonces, se puso a llorar y los otros niños retrocedieron asustados.

Tomó luego la palabra El Ermitaño, el Elegido, y dijo así a la madre enojada y los demás:

—¿Por qué reprendéis tan duramente a vuestros hijos? ¿No os gusta, acaso, que yo esté cerca de ellos? ¿Qué mal puedo hacerles?

Un hombre contestó así a las preguntas del Ermitaño:

—No, Maestro, no es que no nos guste que vos estéis con nuestros hijos, al contrario, nos encanta, Pero vos estabais descansando y ellos vinieron a interrumpiros. Bien sabemos lo mucho que os place dormir y que vuestro sueño es señal de paz interior, por eso es que nosotros hemos venido en busca de estos chicuelos desobedientes, porque temíamos que os perturbaran. Mas, hemos llegado tarde y os suplicamos que disculpéis la conducta de nuestros niños.

Y respondió El Ermitaño:

—Ciertamente que no debierais disculparos por la conducta de vuestros hijos, sino por vuestra propia conducta. Si ellos lo estiman necesario, ya se disculparán. ¿Por qué aplicar vuestra consciencia a la de ellos? ¿Por qué aplicar vuestros juicios a consciencias que no os pertenecen? Ciertamente sois vosotros los que debéis disculparos por lo que habéis dicho y hecho, que ya los niños se disculparán si estiman que hicieron algo indebido. Con todo, yo os aseguro que nada malo han hecho hoy estas dulces criaturas, todo lo contrario, porque si un día os dije que el sueño y el dormir tienen que ver con el gozo de ser útiles, hoy les digo que la sonrisa de un niño es un premio para nuestro corazón. Premio Divino, así llamo yo a la sonrisa de un niño.

Necesario es, me parece, que os hable sobre los niños, si es que me lo permitís. Así dijo El Ermitaño, el Siempre Amado, mientras volvía a tomar en brazos a la niña que aún lloraba.

—Sí, Muy Amado, hálbanos de los niños —dijeron todos— y se acercaron para escucharlo.

Y dijo así el Elegido:

—Los niños son el futuro del mundo, la mejor inversión de la patria, la más rentable y compleja.

Los niños son un regalo divino, el más hermoso y el más comprometedor de los presentes del Creador.

Los niños son vuestra propia semilla, mejorada y dispuesta a dar frutos mejores.

Los niños son vuestra responsabilidad y por eso es que os pido que no olvidéis lo que os diré:

Tened siempre en cuenta que vuestros hijos sólo son vuestros para quererlos y enseñarlos. Son vuestros para ayudarlos a recordar sus primeros pasos, pero no os pertenecen para imponerles vuestras ideas. No son vuestros para condicionarlos a vuestra consciencia. Podéis enseñarles vuestras costumbres y creencias, es más, debéis hacerlo, pero no es deber vuestro que ellos las acepten. Porque los niños son seres humanos distintos a vosotros, tienen pensamientos y proyecciones propias y vosotros debéis respetar eso.

Debéis entender que sólo estáis facultados para dirigir vuestras propias vidas y si queréis, podéis intentar ser como niños, pero no pretendáis que los niños sean como adultos.

Por otra parte, ya antes me habéis oído decir que es necesario que vuestro corazón sea como el corazón de un niño, porque los niños son puros y honestos, son alegres; ellos saben, en su gran inocencia, aquilatar la belleza de la vida. Es que el corazón de los niños está henchido de fe y de preguntas.

Amad a vuestros hijos y dadles todo lo que tengáis, pero no olvidéis que están a nuestro lado para que nosotros les ayudemos a cumplir su propia misión en la vida, no la nuestra. Los tenemos prestados, como los dones que recibimos de la Providencia.

Así habló El Ermitaño, el Viejo Amado, y empezó a jugar con los niños. Parecía él un niño más.

VIII PALABRAS SOBRE LA SABIDURÍA

Un anochecer, estaba El Ermitaño, el Dulce Amado, componiendo una canción. Estaba el Más Amado sentado en un barril, donde, en más de una ocasión, se lo vio dormir. Las estrellas habían ya estallado en el cielo y hacía varios minutos que la luna estaba encendida. Era una noche hermosa. Recién comenzaba, pero demás podía notarse que era una noche hermosa. Las gentes del pueblo presentían que esa noche El Ermitaño, el Sabio Amado, habría de hablarles algo. Varios días hacía desde el acontecimiento de la ribera del río y de los niños, y El Ermitaño, el Muy Amado Maestro, no había vuelto a hablar o, como él decía, no había vuelto a cantar las canciones que aprendió mientras vivía en lo más espeso de los bosques que están más allá de los grandes ríos y de toda obra humana, mientras vivió en su ermita.

Por eso, es que esa noche, todos esperaban oír la voz del Ermitaño.

Al verlos, el Bien Amado dijo así:

—Hoy os quiero cantar una muy preciada canción.

Entonces, un hombre joven dijo:

—Maestro, cántanos tu canción, pero antes dinos: ¿Cómo es que eres tan sabio?

Y un adolescente le gritó:

—¡Ermitaño, mejor danos tu sabiduría, queremos ser como tú!

El Elegido, dando muestras de comprensión, volvió a decir: "Os voy a hablar de la Sabiduría". Y diciendo esto, se acomodó en el barril y dijo:

—La Sabiduría plena es inalcanzable en nuestro estado de conciencia, más su búsqueda es hermosa. El que encuentre la Sabiduría habrá encontrado la Verdad y, con ello el Sendero de la Vida, que no es otra cosa que estadios superiores de conciencia. En nuestra vida cotidiana, todos los días conocemos y aprendemos muchas verdades, que son sólo una parte de la Vida y de la Verdad Eternas. Son sólo un pequeño saber en el Sendero de la Sabiduría. Porque la Sabiduría nos acerca a Dios y bien sabemos que la plenitud de la presencia de Dios, no es de este mundo.

Es que la Sabiduría es ascensión espiritual, es la Providencia que guía e ilumina el difícil camino de la vida. Es la canción más hermosa de todas las que existen. Es la Única Canción.

Pero, hermanos míos, la Sabiduría es intraspasable, no está permitido al sabio entregar su Sabiduría como donación, sólo puede mostrarla. El verdadero sabio sólo podrá guiar a sus discípulos para que encuentren ellos su propia Sabiduría, que es también su propio Sendero y su propia Verdad. El verdadero sabio sólo puede dar ánimo a través de su ejemplo.

Mas...¿qué Sabiduría buscar? Ciertamente aquella que nos está dada de acuerdo a nuestro desarrollo evolutivo como seres humanos, aquella que nos haga comprender nuestro rol en el mundo. Debemos buscar la Sabiduría de la Humanidad, la Sabiduría del ser humano en relación con el universo. Debemos, antes que todo, creer en el Hombre, sólo así se puede creer verdaderamente en Dios. Eso es lo que nos pide el Creador. Porque nuestra Sabiduría debe iluminar el camino de nuestros hermanos y así nosotros, ciertamente, seremos iluminados

por quienes nos preceden. Así es el renacer de la fe en la vida, es el amanecer de la humanidad.

Antes os dije que la Sabiduría sólo sirve en el amanecer y esto es porque la Sabiduría debe ser usada como vehículo de superación espiritual. Y por eso os pregunto ¿Qué superación puede haber en el ocaso? Falsa superación, así llamo yo a las superaciones de los predicadores del ocaso.

Así dijo El Ermitaño, el Noble Sabio, y preparó su cuerpo para dormir.

En tanto, todos lo dejaron, tras haber oído sus palabras, pero no lograron comprenderlas del todo. Sólo fueron capaces de percibir que eran hermosas.

Ya estaba bien entrada la noche.

X PALABRAS SOBRE LA RELIGIÓN

Una tarde, pasó por el pueblo una gran cantidad de peregrinos que iban camino a una fiesta religiosa. El Ermitaño los vio pasar, mas no dio muestras de alegría, satisfacción, complacencia, enfado, ira o incertidumbre. Y muchos se percataron de que El Ermitaño, el Tan Amado, parecía indiferente a las actividades de aquellos peregrinos.

Llegaron, pues, hasta él, los líderes religiosos y espirituales más conocidos del pueblo y le dijeron:

—Ermitaño, te hemos observado atentamente desde que llegaste, hemos escuchado tus prédicas y nada malo hemos descubierto en ellas. Mas nunca has dicho ni una sola palabra sobre la religión. ¿Cuál es, Ermitaño, la verdadera religión? ¿La de aquellos peregrinos?

—Ciertamente que no, son blasfemos e idólatras —dijo otro de los líderes—

—Vivís equivocados—dijo el otro—

Y así cada uno de ellos.

Por último, dijo El Ermitaño:

—Me preguntáis cuál es la verdadera religión. Yo os respondo: La Verdadera Religión es la que sirve a los propósitos del Proyecto Divino entre nosotros. La Verdadera Religión es aquella que nos permite estar en contacto permanente con el Creador, aquella que nos hace ser verdaderamente Hijos de Dios.

Hombres ha habido que han sido Hijos de Dios en todos los puntos de la Tierra y en todas las religiones. Hombres ha habido que encontraron la Verdadera Religión en distintas religiones...en todas y en ninguna...

Esto es porque todas las religiones honestas son buenas y salvas. Mas todas también pueden ser corruptas y perdidas. Una especie de Abraxas, dios y demonio a la vez.

La Verdadera Religión, por tanto, depende de nuestras almas. Si nuestra alma busca con devoción y con verdad la plenitud espiritual y la proximidad de Dios, el re-ligarse con Dios, en la religión que sea, en la que elija, la habrá de alcanzar. Mas, si con vestidos de fe, con ademanes de santo y pensamiento vil y perverso busca otros fines amparado en una religión, será el peor hombre entre los hombres, pero no por ello esa religión será la peor.

Así pues, la Religión Verdadera es la que honestamente se desarrolla en lo más íntimo de nuestro corazón. Llegará el día en que el Corazón de la Humanidad se revelará como uno solo y en que la Religión Verdadera resplandecerá en las semillas de cada una de las que existen actualmente.

Por eso yo no os llamo soñadores o predicadores de la muerte, no os llamo blasfemos ni idólatras, tampoco sectarios o protestantes, ni siquiera líderes espirituales. Os llamo Ministros de Religión. Cumplid bien vuestro ministerio, que muchos ministerios bien llevados resuelven los problemas de los hombres, mejor que uno solo".

Entonces, uno de ellos, el que ostentaba las insignias de la fe mayoritaria de la región dijo: "Y no te parece que un ministerio bueno es mejor que muchos mediocres?"

—Así me parece a mí —dijo El Ermitaño— mas yo sé, y vosotros también, que no existe entre los hombres ministerio alguno que pueda arrogarse la supremacía, mientras halla un ser que necesite una religión distinta, ésta debe existir por el bien de toda la Humanidad.

Así dijo El Ermitaño, El Religioso, y dejó a los líderes espirituales en medio de la plaza, sin saber bien lo que les había dicho.

XI PALABRAS SOBRE LA PATRIA

Cierto día, estando el Bien Amado asomado a una ventana, observando cómo los niños jugaban y reían, y cómo los hombres trabajaban y las mujeres iban de compras o hacían las labores de la casa, llegó hasta él un creciente ruido de marciales sonos. Complacióse mucho El Ermitaño con esto, y salió hasta la calle, para ver de dónde venía semejante música.

Pocos instantes después, doblando de una callejuela, pudo ver una compañía de soldados que avanzaba en dirección al norte. Muchos niños, y hombres, y mujeres de todo el pueblo habían salido también a ver el paso de los soldados. Y los vitoreaban y les lanzaban flores y las niñas adolescentes suspiraban deslumbradas al ver los jóvenes defensores de la Patria, gallardos y marciales, de impecables uniformes y relucientes espadas.

Mas algunos había que tenían el ceño fruncido o murmuraban entre dientes.

En tanto, la compañía seguía desfilando. Iba al frente de ella un apuesto y joven capitán, montado en regia cabalgadura y luciendo sus galones.

Al ver el apuesto capitán al Ermitaño, pareció reconocerlo. Mas, cuando pudo apreciar los hermosos ojos del Elegido con tan inefable expresión de dulzura, decidió detenerse. Ordenó a sus hombres cesar la marcha y dirigiéndose al Más Amado, lo saludó militarmente y le dijo:

"Anciano, veo en tu rostro la complacencia que nuestro paso te ha causado. Te invito, pues, a saludar a mi compañía".

—Gracias Capitán —Dijo El Ermitaño— bien se ve que sois un caballero y os agradezco tal invitación.

Luego, el capitán y El Ermitaño pasaron revista a la tropa, a la que luego se autorizó para beber un poco de agua. También para compartir con la gente.

Aún había algunos con el ceño fruncido, murmurando entre dientes.

Minutos después, el capitán dio orden de marchar y cuando se hubieron alejado un poco, esto dijo a su ayudante:

—Qué hermoso y dulce anciano es aquel que conocimos. Parecía un sabio, aunque tenía la mirada de un niño y la gallardía de un general".

En tanto, en la plaza, aún había algunos que tenían el ceño fruncido y murmuraban entre dientes.

Entonces, El Ermitaño, el Elegido, viendo que aún quedaba mucha gente en las calles y en la plaza, dijo así:

—Gallardos Hijos de la Patria. Y uno de los que murmuraban, dijo:

—¿La Patria? ¿Qué es eso? A mí me parece que es una pura arbitrariedad.

Cuando el Ermitaño escuchó esto, sintió gran pesar en su corazón y dijo:

—No menospreciéis a la Patria, porque la Patria es madre, es la tierra que nos acunó al nacer. No menospreciéis a la Patria, que es la tierra de los padres, la misma tierra que fueran sus cuerpos una vez. No menospreciéis a la patria, que la Patria es novia, es la fiel compañera cuyo recuerdo a toda parte te acompañará. No menospreciéis a la Patria, que la Patria es divina, porque es un concepto inmaculado de Dios y de su infinito amor. No menospreciéis a la Patria, que la

Patria somos todos nosotros, y los que fueron, y los que vendrán. No menospreciéis a la Patria que, al hacerlo, despreciaréis vuestro propio corazón.

Mirad que la Patria es hermosa, que os da todo lo que tiene, sin pedir ningún don. Mas que vil es el hombre que usufructa de la Patria y no desea honrarla o no la siente como propia.

¡Mirad Nuestra Bandera, es un símbolo de amor! Porque aunque sea trapo viejo, raído por el tiempo o por la lucha, igual es el símbolo de todo lo bello y lo fecundo que en nuestra Patria puso el Creador.

Cuidáos de no despreciar a la Patria, pues quien desprecia a la Patria, desprecia a toda la humanidad. No seáis de aquellos torpes ilusos que pregonan la inexistencia de la nacionalidad. ¡Sólo el que ama profundamente el terruño propio podrá amar al resto de las patrias, al resto de las razas, al resto de los hombres!

Así dijo El Ermitaño, el Amante de la Patria, y puso muchas lágrimas en los ojos de quienes lo escuchaban.

Aunque aún había algunos con el ceño fruncido y murmurando entre dientes.

XII PALABRAS SOBRE LA GUERRA

Aquella misma tarde, estando El Ermitaño, el Elegido, sentado bajo la sombra de un árbol, se acercó a él un grupo de muchachos y le dijeron:

—Sabio, háblanos de la guerra.

Y El Ermitaño contestó:

—De acuerdo, os voy a cantar las canciones que he aprendido sobre la guerra. Y acomodándose en su lugar, empezó a decir:

—Queréis que os hable sobre la guerra, mas la guerra es profunda miseria y destrucción. Ciertamente que no debería existir tal atentado contra la humanidad, porque nada bueno trae la guerra. Lo único bueno que provoca la guerra es la dolorosa ocasión de aprender. Pero los hombres nunca han comprendido este dolor, no lo han asumido como una instancia de aprendizaje, siempre buscan a otros —a los enemigos— para echarles la culpa. Para que un dolor fructifique en alegrías nuevas, debe ser asumido y haberse sacado de él una enseñanza.

Pero la guerra, en sí, no nos deja nada, sólo deja destrucción, para muchos, es un dolor en vano.

No quiero decir con esto, en todo caso, que todo es malo en periodos de guerra, eso sería falsedad, porque las buenas obras se subliman en tiempos de crisis y de caos. Así, la valentía se ha convertido en heroísmo, ¡en heroísmo que del amor divino es canción!

—Pero, Maestro, —dijo una muchacha— nos decís que la guerra es mala, y luego exaltáis el heroísmo de los guerreros y esta mañana os vimos emocionado con el paso de las tropas. ¿Puede la guerra ser mala y los guerreros buenos?

—Ciertamente que sí —dijo el Maestro— porque aquel que defiende a su Patria del ataque enemigo indudablemente está cometiendo un acto de amor y de justicia. Guerra justa, así llamo yo a la opción que toma una nación al enfrentar la lucha en defensa de su pueblo. Mas es deber de los gobernantes impedir la guerra, pero es también su deber asumirla si es necesario; como es obligación de los soldados estar preparados para enfrentarla.

Y no os equivoquéis, nadie aprecia más la guerra que los verdaderos soldados, porque ellos son expertos en la guerra. Por eso es que nadie defiende más la paz que los verdaderos soldados y los verdaderos amantes de la Patria.

Ciertamente que la guerra no debería existir, mas mientras existan en el mundo predicadores del ocaso y falsos redentores habrá guerras. Deber de la Patria y de sus hijos es hacer todo lo posible y más aún por evitarlas, por abrir espacios al entendimiento y a la paz. Sólo cuando se escuchen las canciones de la buena voluntad, de la sabiduría y del amor, el mundo entero habrá aprendido a estar en paz.

Así dijo El Ermitaño, el Muy Amado, y se alejó del lugar. Los jóvenes se dijeron entre sí: "Este anciano es un patriota". Desde aquel día también lo llamaron El Patriota.

XIII PALABRAS SOBRE LA MUERTE

En una ocasión, estaba El Ermitaño, el Elegido, contemplando las tumbas del pequeño cementerio de la aldea. Se paseaba por entre las tumbas como quien pasea por un jardín. Tal era la paz y el buen semblante del Ermitaño.

No tardó en correrse la voz entre los deudos que se encontraban en el lugar de que el Bien Amado se encontraba allí y muchos se acercaron donde él.

Al verlos, El Ermitaño, el Elegido, dijo:

—Veo que vosotros, como yo, habéis venido a recordar a vuestros difuntos. Esto ciertamente que es bueno, no nos debemos olvidar de nuestros hermanos que ya partieron de este plano.

Entonces, un anciano le dijo al Ermitaño:

—Bien Amado, hálbanos de la muerte.

Y el Elegido contestó:

—¿Queréis que os hable sobre la muerte? Escuchadme, también he aprendido las canciones que tratan de la muerte. Luego, sentándose en la orilla de una tumba dijo así:

—Viejos huesos que ocupáis esta tumba, permitidme descansar aquí, pues me han pedido que cante las canciones que aprendí sobre la muerte.

—¿Queréis que os hable sobre la muerte? ¿Acaso lo sabéis ya todo sobre la vida? Porque la muerte es la continuidad de la vida y no un ocaso eterno como habéis oído decir. Por eso nos preocupa tanto la muerte, porque es un hecho propio de la vida; mas no debe asustarnos, porque la muerte no es otra cosa que el boleto de regreso al sendero de la evolución. Quien muere, ciertamente, no desaparece, su alma escapa volátil y se sitúa en planos superiores. La muerte es, en realidad, un encuentro con la vida, con la Vida Eterna a la que no es imposible renunciar.

A muchos habéis oído nombrar a la muerte con diversos nombres. Siglos hace que un pobrecillo la llamó "hermana", con gran justeza, mas yo la llamo "novia", porque a todos nos seduce y todos nos vamos con ella.

Ley natural de la vida es la muerte y sinónimo verdadero de la libertad y de la vida. Porque libre queda nuestra alma de nuestro cuerpo y libres también nuestros sentimientos de las emociones.

Honrad a la muerte, sin temerla, que ella llegará en el momento adecuado. No os pongáis por delante de ella, que es una novia demasiado caprichosa y podría ignoraros hasta el momento que no la deseáis.

Recordad siempre que la muerte no es un misterio, es lo más cierto que conscientes sabemos desde el nacimiento. Recordad siempre que la muerte no es un misterio, pero se requiere conocer primero el sentido de la vida, conocer las canciones de la sabiduría.

Y así como procuráis que vuestra novia sea digna de compañera, procurad también que la Novia Muerte os encuentre dignos de ella, porque la muerte es el paso más importante que damos en la vida.

Y a aquellos que ya se han marchado, honradlos siempre, porque desde el lugar en que estén os ayudarán con su experiencia, así como os quisieron ayudar cuando estuvieron en este mundo.

Así dijo El Ermitaño, el Elegido, y empezó a depositar flores en las tumbas.

XIII PALABRAS SOBRE LA PAZ

Y estando El Ermitaño, el Elegido, todavía en el campo santo, algunos hubo que quisieron quedarse cerca de él para hacerle más preguntas.

Y ocurrió que una vieja tumba abandonada se encontraba toda cubierta de maleza y El Ermitaño, el Muy Amado, se dio a la tarea de limpiarla. Entonces, las gentes que estaban allí se acercaron y le ayudaron.

Cuando hubieron despejado un poco, pudieron comprobar que la plancha en cuya superficie debiera haberse leído a quién pertenecía la tumba, no estaba, y su lugar era sólo un vacío. Mas sí había otra vieja inscripción grabada en el concreto, tres grandes letras delineaban la palabra PAX.

Y El Ermitaño las vio y meditó.

Le preguntaron, entonces, en qué pensaba y él respondió:

—Recuerdo las canciones que aprendí sobre la paz.

Y le pidieron que hablara de la paz.

Dijo entonces El Ermitaño, el Tan Amado:

—La Paz es un estado del alma, por eso es que la paz es lo más propio de la humanidad, no la violencia, el odio, ni la guerra.

Mas, como podéis daros cuenta, todo el mundo rinde culto a la violencia y no a la paz. Por eso yo os pregunto: ¿No os gusta la paz? ¿Os place el sobresalto? ¿Cómo es posible que aún los hombres y las naciones no comprendan el camino del verdadero progreso? ¿Podéis vosotros obrar bien cuando algo os perturba, cuando os falta paz interior?

Si podéis contestaros estas preguntas, descubriréis que la paz debe nacer primero en vuestros corazones para que éstos la proyecten al exterior. La paz debe desearse y obtenerse primero en nuestra propia alma. Y esta paz es una paz primordial, es la paz con nosotros mismos. Sólo luego de la paz con nosotros mismos podremos buscar con éxito la paz con otros corazones.

Mas la paz es empresa difícil, y requiere de corazones henchidos de amor y valentía.

¡Oh, hermanos, que vuestros corazones estén henchidos de amor y valentía, para poder confiaros la noble empresa de la paz!

¡Oh, hermanos, que obtengáis la paz que proviene de vuestra propia alma, la paz primordial! Porque de esta manera os convertiréis en ejemplos de paz y vehículos de superación. De esta manera os convertiréis en instrumentos del amor divino.

¡Oh, hermanos, dejáos convertir en ejemplos de paz! ¡Dejáos convertir en instrumentos divinos! Que la paz es el mejor estado del alma, porque revela calma, y en calma podemos asumir otras responsabilidades, con otros sentimientos, pletóricos de superación espiritual.

¡Oh, hermanos, si no tenéis paz, no tendréis nada, ni voluntad, ni sabiduría, ni amor, nada! Sólo tendréis angustias y dolores vanos.

¡Oh, hermanos, sed ejemplos de paz, sed guerreros de la paz!

Así dijo El Ermitaño, el Elegido, y sin decir más, abandonó el cementerio.

XV PALABRAS SOBRE EL DAR Y EL RECIBIR

Una tarde estaba el Ermitaño, el Bien Amado, durmiendo, cuando escuchó una disputa. Tan fuertes eran los gritos que despertaron al Ermitaño.

Se incorporó, pues, el Elegido y pudo ver a dos mujeres pordioseras forcejeando una bolsa con panes del día anterior que les fue arrojada desde una carroza.

Y las mujeres decían: "Me lo dio a mí" o "Mentirosa, a mí ha sido" y no lograban ponerse de acuerdo, y grande fue el alboroto que formaron, tan grande, que despertaron al Ermitaño.

Llegaron pronto los representantes del orden y detuvieron a ambas mujeres, las que siguieron peleando, aun cuando ya nada tenían por disputar, puesto que la bolsa les había sido quitada por el guardia. Cuando hubieron desaparecido por una angosta calleja, mucha gente se había reunido en el lugar y todos tenían opinión con respecto a quién había sido la verdadera dueña de la bolsa. Al darse cuenta que El Ermitaño, el Elegido, se encontraba allí, le preguntaron:

—Maestro, ¿a quién le fue dada la bolsa?

Y el Bien Amado contestó:

—Ciertamente que a ninguna.

Consultado por qué afirmaba tal cosa, El Ermitaño dijo así:

—Porque aquel que lanzó la bolsa, lanzó lo que no le servía, lo que estaba en desuso, lo que ya despreciaba. Vale decir, lanzó aquello que ya había apartado de su vida y si ya no era parte de su vida ¿cómo podría haberlo regalado?

Hermanos míos, cuando queráis dar a los demás, dadles aquello que usáis, cosas útiles, lo mejor de vosotros, no desperdicios.

Entonces, un señor acomodado dijo:

—Maestro, muchos me piden cosas y yo, a veces doy, porque no todos merecen que se le dé.

—¿Y quién sois vos para juzgar eso? —dijo El Ermitaño— ¿No da el sol lo mejor de sí a todos los hombres? ¿No brilla acaso sobre justos e injustos? ¿Y qué me decís de los árboles? ¿Acaso ellos sólo dan sus frutos, según juicio previo, a quienes los merecen? ¿Por qué los seres humanos, la máxima creatura de la Creación no sigue la enseñanza de la Creación? Yo os digo: Dad siempre, pues dar es signo de elevación espiritual.

Y cuando estéis dando, podréis daros cuenta de lo feliz que os hará.

Dad siempre que os lo pidan, mas intentad dar cuando nada os han pedido, así uniréis a vuestras ofrendas la comprensión, la compasión y el darse cuenta. Eso es comprender los problemas y necesidades de nuestros hermanos. Recordad siempre que Dar es Amor. Amor comprensivo, así llamo yo al dar.

Y vosotros, los que recibiréis lo que los otros os darán, tomadlo con gratitud eterna, mas no os consideréis deudores de nada. Porque la clave del dar es no esperar nada. Por eso, al que os ha dado, nada le debéis, salvo el inmenso y puro amor que surge del alma agradecida. Tomad, en todo caso, el ejemplo, y dad vosotros a los demás, que lo que habéis recibido os sirva para entregar.

Hermanos míos, hermoso es dar y recibir, porque así nos sentimos parte de nuestros hermanos. En la vida todos nos necesitamos y por eso debemos dar a los demás lo mejor de nosotros cuando nos necesitan, para que así ellos den lo mejor que poseen cuando sean necesitados.

Hermanos míos, ¡tened siempre vuestras manos dispuestas a dar! Y nunca os avergoncéis de recibir.

Avergonzaros de no saber dar y de no saber recibir. Avergonzaros de crear disputas con vuestras sobras. Nunca deis sobras, que las sobras son ocaso y en el ocaso de la vida, los herederos, entre disputas, reciben lo que no les hemos dado. Demos siempre, mientras tengamos tiempo de dar, porque la vida nos lo ha dado todo y nada de lo que tengamos nos servirá después de ella.

Así dijo El Ermitaño, el Elegido, y regaló su farol y su bastón. También regaló sus sandalias.

XVI PALABRAS SOBRE LA AMISTAD

En una ocasión, estando El Ermitaño, el Tan Amado, dando de comer a unas palomas en la plaza, se acercó hasta él un joven y le dijo:

—Sabio, he peleado con mi mejor amigo, porque no estábamos de acuerdo.

Entonces, el Elegido levantó su rostro para ver quién le hablaba y una mirada de dulce comprensión fue su saludo. Luego le dijo:

—Muchacho, ciertamente que es muy triste lo que me contáis y ciertamente que os comprendo, porque un amigo es alguien demasiado grande como para no sufrir por él.

Mas, con todo, escúchame, os quiero cantar las canciones que aprendí sobre la amistad:

Un amigo es algo muy grande, porque es la respuesta a nuestras preguntas y el firme apoyo de nuestros pasos. Un amigo es algo muy grande, porque es la pura expresión de nuestra condición humana.

Por eso es que a nuestro amigo, aquel que es para nosotros el primero de nuestros hermanos, debemos considerarlo como muypreciado e importante y, por lo mismo, debemos darle lo mejor de nosotros, lo que más podamos y lo que más le sirva, aunque sea una opinión distinta de la de él. Entre los amigos, entre los verdaderos amigos, mucho más vale un no franco y servicial, aunque doloroso, que una serie de consentimientos desprovistos de autenticidad y faltos de cariño. Amistad falsa, así llamo yo a la amistad que no se atreve a decir que no. También la llamo puro interés.

Porque el amigo es quien provee nuestras necesidades. Como los padres y los maestros que niegan y hasta castigan con amor, ellos son nuestros primeros amigos.

Mas un amigo también debe alentar y debe dar confianza. Debe insuflar de ánimos el corazón del amigo cuando necesita de apoyo y estímulo. El verdadero amigo siempre sabrá cuando deberá decir sí o cuando deberá decir ¡vamos, ánimo! Porque el verdadero amigo es quien provee nuestras necesidades.

Nunca a un amigo le neguéis vuestro sí o vuestro no, no le neguéis tampoco un quizás, mas ayudadlo a desentrañarlo.

Buscad siempre a los amigos para reír y compartir. Mas también buscadlos para llorar y compartir cuando sea necesario.

Y si un amigo se marcha en pos de evoluciones superiores, que el dolor de la separación sea un dolor fructífero, de modo tal que el vacío que deja su partida se llene de aquellas cualidades por las que lo quisimos y querremos siempre. Así, este amigo nunca se irá, su recuerdo será una eterna enseñanza.

Recordad siempre que la amistad es signo de humanidad, mas también es divina. Recordad siempre que Dios es quien provee nuestras necesidades y quien nos corrige y hasta nos prueba con amor. Recordad siempre que Él también dice no, cuando es necesario, porque Él es nuestro Mejor Amigo.

Y no os olvidéis nunca que la amistad es una necesidad del alma y que las necesidades del alma son trascendentes.

Así dijo El Ermitaño, el Buen Amigo, y luego abrazó al joven y le pidió calma y paciencia, y le encomendó meditar sobre si era él quien debía pedir perdón o perdonar, en cualquier caso, todo dependía de él.

Dicho esto El Ermitaño, el Elegido, se dispuso a dormir.

Y corrió por boca de toda la aldea que El Ermitaño habló de la amistad y muy pronto todos comentabas sus palabras y se decían entre sí:

"En verdad que este Ermitaño es un don de Dios y en verdad que es gratificante escucharlo".

XVII PALABRAS SOBRE LOS ANIMALES

En una oportunidad, hacia el mediodía, se encontraba El Ermitaño, el Siempre Amado, acariciando a una avecilla que una niña del lugar le presentó. No tardaron los otros muchachos en llevar cada cual su mascota y una infinidad de animalitos rodearon bien pronto al Ermitaño.

El Elegido los acarició uno a uno y ninguno de los animales dio muestras de incomodidad o temor. Tal era lo bien que se sentían junto al Ermitaño.

Maravillados, pues, todos los del pueblo, no pudieron menos que detener sus labores para contemplar la hermosa escena. Y sólo se cuidaron de los muchos animales de tiro que quisieron abandonar los campos y las carretas para ir donde El Ermitaño.

En pocos instantes todo el lugar estuvo lleno de animales y personas. Muchos niños estaban allí.

Entonces, El Ermitaño, el Más Amado, dijo así:

—Hermanos míos, he aquí que estamos acompañados de estas bellas creaturas benditas del Señor, porque Él los cuida y alimenta. Él las protege. Por eso es que yo os digo hoy que estos animalitos son también nuestros hermanos, nuestros hermanos menores, y debemos cuidarlos y respetarlos como a todas las obra de la Creación.

Nunca hagáis sufrir a vuestros animales, pues ellos son siempre fiel compañía y os demuestran su afecto de una manera que sólo ellos saben hacerlo. Todos estos animales domésticos viven en nuestras casas, comen de los alimentos que nosotros les damos y están siempre a nuestro lado para acompañarnos y alegrarnos y de ese modo cumplen su función en nuestro mundo. Lo hacen dándonos lo mejor que poseen. Por lo tanto, pensemos, si ellos criaturas inferiores, faltas de la grandeza de la condición humana, nos dan lo mejor de sí, no podemos nosotros, seres humanos, ser crueles y hacerlos sufrir.

Y aun aquellos grandes animales, las grandes "bestias salvajes", las aves de rapiña, los animales rastreros, aun a ellos debemos respetar, porque conforman parte del sistema perfecto y equilibrado del universo. Y nosotros no debemos exterminarlos, porque también su vida tiene un gran valor.

Servíos de los animales, domesticadlos, haced que trabajen con vosotros, haced que cuiden las ovejas y las cabras, haced que tiren vuestros arados y carretas, vestíos de sus lanas, aprovechad sus leches, hermanos hay que se alimentan de ellos y yo no lo repruebo, porque todo eso es parte de su función en nuestro mundo, pero no los destruyáis, porque esa no es nuestra función en el universo.

Todos los animales son necesarios, aun las molestas especies que nos parecen repulsivas. De todas ellas el hombre se sirve, porque todas ellas cumplen perfectamente su función.

Hermanos míos ¡amad a los animales! Que vuestro amor por ellos es signo de humanidad.

Hermanos míos ¡cuidad de vuestros animales! Porque si lo hacéis estaréis cuidando de vosotros mismos y de vuestras familias.

Recordad siempre que vuestros hermanos menores nunca os harán daño si nada les hacemos y, en cambio, siempre nos proporcionarán alegrías verdaderas.

Sobre todo desechad esas falsas emociones que son los falsos juegos en que se maltrata a los animales, emoción asesina, así llamo yo a los juegos crueles con los animales. ¡Ellos también merecen nuestro respeto!

Así dijo El Ermitaño, el Hermano de los Animales, y despidió a los niños que se fueron felices con sus mascotas.

Y a todos sorprendió que mientras El Ermitaño hablaba, ninguno de los animales hizo ruido alguno. Y cuando él hubo callado, hicieron tal alboroto, que bien parecía que lo vitoreaban.

Tal era lo bien que se sentían junto al Ermitaño.

Luego, las gentes volvieron a sus trabajos y el Bien Amado salió a pasear por las afueras del pueblo.

XVIII PALABRAS SOBRE EL TRABAJO

Cierto día, se encontraba El Ermitaño, el Buen Amigo, trabajando una vara para fabricarse un bastón, puesto que el que tenía lo había regalado. Al ver esto, muchos del pueblo que sentían verdadero afecto por El Ermitaño, se apresuraron a ir en busca de sus propios bastones o de comprar uno nuevo para ofrendárselo al Elegido, pues consideraban que éste, debido a su ancianidad y sabiduría, no debería estar ocupado en tales menesteres. Fueron, pues, donde él estaba y uno de ellos le dijo:

—Maestro, no debes tú ocuparte de estas labores, eres demasiado viejo y demasiado sabio para ello, deja mejor este trabajo a otros, a quienes les corresponde hacerlo. Toma, he aquí un bastón nuevo y sé que muchos también otros te darán.

—Muchas gracias, —dijo entonces El Ermitaño— pero no debéis hablar así, no debéis siquiera pensar así sobre el trabajo.

Quienes allí estaban le preguntaron por qué decía eso y el Dulce Sabio les contestó:

—No debéis hablar así sobre el trabajo, porque el trabajo nos acerca a la tierra y mientras más cerca estemos de la tierra, más humanos seremos, porque en ella está nuestra tarea. Al trabajar estamos haciendo lo mismo que el universo, nos encontramos en movimiento, en el eterno movimiento creativo y expansivo que dinamiza la Creación.

Todo trabajo es importante, aún el que aparentemente sea el más humilde, aún el que para algunos es irrelevante y menor. Yo os digo hoy, no hay trabajo menor, porque en este mundo somos todos interdependientes y nos necesitamos. Todos somos engranajes del mismo inmenso motor que es la Vida.

Y aunque a veces habéis escuchado que el trabajo es una maldición y que es efecto de una pérdida o castigo, yo os digo todo lo contrario: ¡el trabajo es una bendición! ¡La bendición de la vida que sirve a la vida! ¡La bendición que engrandece en cada gota de sudor!

Por eso es que cuando trabajáis estáis cantando a la vida, porque estáis viviendo y riendo, y porque habéis dado un sentido a vuestra vida. Hermanos, ¡sólo la vida que no comprende su sentido es oscura y difícil de sobrellevar! ¡Poned con el trabajo sentido a vuestra vida! Porque el trabajo también es amor y ya sabemos que el amor es don de Dios.

Cuando trabajáis, podéis permitir a vuestras ilusiones ensoñarse con el fruto de vuestro trabajo y podéis acercaros a la felicidad. Pero debéis saber que las necesidades deben cubrirse primero en la mente, sosteniendo la idea de nuestros sueños en bien universal.

Nunca despreciéis el trabajo y nunca digáis de nadie que no merece tal o cual trabajo, porque si todos los hombres son iguales, cualquier trabajo será digno de él. Así, los que labran los campos, los que funden el metal, los que enseñan, los artistas, los constructores, los que sanan, los que curan almas, los que visten, los que proveen, todos son necesarios, todos son aliados en el éxito de nuestra vida.

Así dijo El Ermitaño, el Tan Amado, y siguió tallando su bastón, aun cuando muchos bastones le habían regalado.

La gente, poco a poco, empezó a irse a sus casas y todos se maravillaban de la sabiduría del Ermitaño.

XVIII PALABRAS SOBRE EL MATRIMONIO

Y así pasaba sus días El Ermitaño, el Sabio Amado, en la aldea. Pasaba sus días recorriendo el pueblo, conversando con las gentes, durmiendo, jugando con los niños y con los animales, orando y meditando, trabajando, enseñando siempre. Así pasaba sus días entre nosotros el Bien Amado y su semblante siempre se veía feliz.

Y ocurrió que en una oportunidad, estando El Ermitaño absorto en la lectura, llegaron hasta él para hacerle acudir a una fiesta de bodas, pues era uno de los invitados y aún no iba. Había pasado que El Ermitaño, el Elegido, deseaba terminar de leer su libro antes de acudir, no creía que lo estaban esperando.

Cuando El Ermitaño llegó a la fiesta, lo hicieron celebrar con vino y levantando su copa, dijo así:

—Hermanos míos, brindo por este matrimonio y les deseo paz y prosperidad. Felicidad y amor eternos.

Luego, El Ermitaño, bebió su copa, al igual que todos los invitados, en un brindis en honor de la feliz pareja. Acto seguido, dijo así:

—En esta ocasión, plena de felicidad y esperanza, siento que mi corazón desea cantaros las canciones que aprendió sobre el matrimonio.

—Vamos, cántanos esas canciones —dijeron todos— siempre es un placer escucharte. Y El Ermitaño, el Muy Amado, habló de este modo:

—Hermanos míos, vosotros que hoy comenzáis una vida nueva con vuestro matrimonio, vosotros que hace ya algún tiempo que sois esposos y vosotros que esperáis el compañero y el momento precisos para serlo; a vosotros, a todos vosotros, os quiero cantar las canciones que aprendí sobre el matrimonio.

El matrimonio, hermanos míos, es institución divina. Dios, cuando puso a los hombres en este mundo, los puso en pareja, es más, cuando de Dios emanaron las almas en el universo, emanaron en pareja. Fue así como Él les dio facultades creadoras para crecer y multiplicarse, engendrar hijos para llenar la Tierra y desarrollar la especie. Por eso, cada vez que un nuevo matrimonio se celebra, la Divina Orden, se convierte en Divina Bendición y se hace felicidad y esperanza. Porque siempre nos llena de felicidad y esperanza cumplir la Voluntad de Dios.

Mas, ciertamente, el matrimonio no es cosa fácil, dificultades tiene y a veces duras pruebas; por eso es que debemos enfrentarlo con seriedad y respeto, y por eso es que debemos convertirnos con nuestra pareja en uno solo, para así salvar las dificultades y aprender del dolor y los problemas. Debemos, con nuestra pareja, ser como uno solo, mas no debemos perder nuestra propia identidad, porque cada cual ha de aportar al matrimonio lo mejor que tiene, por el bien de la familia.

Recordad siempre, hermanos míos, que es la familia la base y sedimento de nuestra humanidad y que toda nuestra cultura tiene en ella su punto de partida. Yo os pregunto, entonces, algo sencillo: ¿Qué es la familia, sino el producto real y concreto de un matrimonio? O lo que es lo mismo, el premio de cumplir la Divina Ordenanza. Por eso, hermanos míos, haced de vuestro matrimonio algo

maravilloso, que todos los días encontréis en él valores nuevos y que nunca deje de encantaros, como el primer día.

¡Oh, matrimonios! Haced de todos los días como el primer día, porque la clave del éxito es conservar siempre las esperanzas y las inquietudes. No vayáis a volver monótono vuestro matrimonio, porque se os hará costumbre y no debe ser la relación de las personas que se aman pura costumbre ¡Haced de vuestras relaciones una aventura eterna de felicidad y emociones! Feliz matrimonio, así llamo yo a los matrimonios que se conservan como el primer día. Recordad al poeta que cantó al matrimonio diciéndole a su mujer: "Eres mi esposa y te quiero, como si fueras mi novia". Feliz esposo, así llamo a ese poeta.

¡Hermanos míos, todos los matrimonios son la perfecta oportunidad que tenemos para ser más hombres o más mujeres! Porque sólo se es hombre o mujer en la entrega absoluta a los que amamos, en la suprema entrega que es dar toda nuestra vida, con sus esperanzas, deseos, dolores y alegrías y fundirla con otra y hacer de las esperanzas, deseos, dolores y alegrías de esa otra vida, algo propio.

¡Oh, matrimonios, atrapad la magia del amor! Estáis llamados a ser felices y a cumplir vuestro rol en el mundo, vuestro Divino Plan en el universo, ¡Haced todo lo posible para responder en forma excelente a ese llamado, que ese es el Llamado Divino!

Así dijo El Ermitaño, el Tan Amado, y volvió a levantar su copa para brindar.

Instantes después, El Ermitaño se retiró a dormir, aquella noche no aceptó invitación alguna y durmió cubierto por la noche estrellada.

XX PALABRAS SOBRE LA MUJER

Un día, mientras el Elegido se encontraba meditando al tibio sol, de la mañana, se acercó una viejecita desconocida, de avanzada edad, que llevaba un inquieto niño entre sus ropas y parándose frente al Ermitaño le dijo así:

—El Ermitaño le ha hablado muchas veces a las mujeres, mas nunca ha hablado de la mujer.

El Ermitaño, sorprendido, respondió:

—¿Qué es lo que oigo? Resuenan en mí las palabras de los predicadores del ocaso y veo que bajo el manto se esconde un niño travieso, ¿es por acaso una verdad?

—No, Maestro —dijo la viejecita—, yo sólo traigo una pregunta, soy demasiado vieja como para traeros una verdad; mas, si la tuviera, se la daría a otros, porque sé que a vos no te hace falta; mas no la tengo y vengo a conocerla de tus labios.

—Discúlpadme, anciana —se excusó El Ermitaño—, ocurre que a veces me siento inquieto por las falsas prédicas, no por mí, sino por vosotros, mis hermanos. Mas, ea, os voy a cantar las canciones que aprendí sobre la mujer.

—La mujer es, pues, un gran portento, una maravillosa creación. Falso es que en la mujer todo es un enigma con la única solución del embarazo, porque el embarazo en la mujer no es la solución a un problema, sino la respuesta a su propia alma y al propio Dios.

Maravillosa es la mujer, porque es capaz de dar vida, como la creación, y porque es capaz de cambiar la vida, como si fuera un soplo de la divinidad. Siempre en la mujer encontramos lo más entrañable, por eso es que las cosas más grandes y amadas que tenemos las nombramos y soñamos como mujeres: la Vida, la Paz, la Felicidad, la Ascensión, la Salvación, la Belleza, la Familia, la Patria. Por eso es que Dios mismo se revela en una mujer y lo sigue haciendo en los ojos de todas las mujeres. Porque nuestra gloria está en los ojos de las mujeres.

Siempre a nuestro lado está la mujer, amándonos y comprendiéndonos, dándonos lo mejor de sí para aclarar nuestras aguas turbias, porque la mujer es un rayo de luz que penetra hasta el fondo del estanque. Falso es que la mujer es una superficial película en la fuente, la verdad es que su luz viene de más arriba.

Por eso es que la mujer es puro arrojo y valentía, por eso es que es temible como enemiga, porque defiende lo suyo con todas sus fuerzas. En las grandes ocasiones de la vida de los hombres y de los pueblos siempre está presente una mujer. Porque la mujer posee la magia de la intuición perfecta y esa intuición también es comprensión. Nunca despreciéis a las mujeres, ni penséis que por el hecho de ser tales son inferiores, menospreciad, más bien, a aquellos que de tal manera piensan, porque no demuestran superioridad alguna, sino, más que eso, demuestran la inferioridad de su comprensión.

Maravillosa, sin duda, es la mujer y no es un juego peligroso, es peligrosa, qué duda cabe, pero lo es porque es infinitamente más divina que el hombre, pero necesita de éste, tanto como él de ella, porque en el fondo del alma y de las edades son sólo uno.

Déle el hombre a la mujer lo que merece y recibirá a cambio grandes alegrías.

Ame el hombre y respete a la mujer, y será amado y respetado.

Admire el hombre a la mujer y juntos harán cosas admirables.

Porque el hombre sin la mujer no es nada, y la mujer sin el hombre se marchita.

Estas son las canciones que yo aprendí sobre la mujer, aquellas otras que hablan del látigo son canciones del ocaso y yo sólo conozco las canciones del amanecer.

Así dijo El Ermitaño, el Bien Amado, y besó en la frente a la viejecita, quien le dijo:

—Muchas gentilezas dedica El Ermitaño a las mujeres y yo os agradezco por eso y sólo puedo agregar que todo lo que decís es verdad, pero yo no lo tendría tan claro si no lo hubiese escuchado de los labios de ti, hombre sabio.

Largamente se miraron la anciana y El Ermitaño, y sus dulces miradas parecías el reconocimiento de eras pasadas.

Luego de esto, la viejecita se fue y El Ermitaño siguió meditando al sol de la mañana.

XXI PALABRAS SOBRE LA BELLEZA

Un día, uno de los estudiosos del pueblo, que tenía fama de esteta, llegó hasta donde se encontraba El Ermitaño, el Elegido, y le habló de este modo:

—Bien Amado, he escuchado tus canciones sobre muchos temas, mas no te he escuchado hablar de la belleza y, sin embargo, tus canciones son belleza. Bien Amado, cántame la canción de la belleza.

Y respondió El Ermitaño:

—Me pedís que os hable sobre la belleza, que os cante las canciones que sobre ella aprendí. Mas de sobra conocéis lo difícil que es esto, porque la belleza llega deslizándose en toda la creación. Y así, si de lo alto de las montañas miramos hacia el valle, nos encontramos con la belleza; pero cuando en lo más profundo del valle miramos a las montañas, la vemos equilibrarse en la cima de la cordillera. Si miramos hacia el mar, la belleza está en el horizonte, en el color, la bravura, la brisa...si desde el mar vemos a la tierra, la belleza es la playa que aparece en el horizonte, y los árboles, los animales, las casas y las gentes. Por eso, tú lo sabes bien, la belleza es noche y día, vuela con los pájaros y crece con las flores, pegada a la tierra. Es la escultura que surgió de las manos creadoras del artista y es la roca amorfa forjada por el tiempo y los elementos.

Me pedís que os cante las canciones de la belleza y la belleza es silencio, a la vez que un grito inmenso y sublime.

Todo eso es la belleza. Mas la belleza no es nada de eso, porque eso es lo que vemos y la belleza es invisible. Sólo puede captarla el alma alerta, por eso es que muchos pasan de largo sin sospecharla siquiera.

Lo que ocurre es que la belleza es la misma vida y para descubrir la belleza debemos amar la vida. Me pedís que os diga qué es la belleza y yo sólo puedo decir, búscala, con cariño, con atención y ella os encontrará y llenará de alegría vuestra vida.

Así dijo El Ermitaño, el Elegido, y obsequió una flor al estudioso y le recomendó:

—Hermano, la belleza no se estudia, se siente, se le abre la puerta para que penetre el corazón, sólo sintiéndola con el corazón abierto lograrás comprenderla. Mirad al viejo pintor, muchos dicen que es pobre. Pero es inmensamente rico, con sus cuadros abre ventanas para que penetre la belleza que hace feliz su vida.

Dicho esto, El Ermitaño, el Más Sabio, se fue a pasear por los campos y algunos hubo que dijeron "tanta belleza caminando apoyada en un bastón".

XXII PALABRAS SOBRE LA CONVERSACIÓN

Cuando El Ermitaño, el Más Amado, hubo llegado hasta los campos de cultivo, era ya el mediodía y el sol pegaba fuerte en las cabezas de los labradores que allí trabajaban.

Como ya era hora de tomar los alimentos, los campesinos detuvieron sus faenas y alegremente comenzaron a hacer los preparativos de su merienda y mientras lo hacían, conversaban y reían.

Sin embargo, cuando se percataron de que El Ermitaño los estaba viendo, todos callaron, como si les hubiese dado miedo que el Elegido escuchara lo que decían.

Entonces, el Muy Amado, dijo así:

—¿Por qué os calláis, hermanos míos, labradores? ¿Qué hace que renunciéis a vuestra conversación? Espero no ser yo quien cohibe vuestras lenguas, porque yo amo la conversación, tanto como el silencio, pero no me gustaría ser la causa de vuestro forzado silencio.

Los campesinos respondieron:

—Hemos callado, porque te tenemos respeto.

El Ermitaño contestó:

—Si callasteis por saludarme, os lo agradezco, pero si no fue sólo ese el motivo, lo lamento mucho, porque la conversación es algo muy importante entre los que se aman, como vosotros, que sois amigos y compañeros.

La conversación no es sólo diversión y pasatiempo, es también el alma que se revela en nuestros labios, es nuestro corazón que se traduce en palabras.

Sí, hermanos míos, la conversación es algo muy importante y por eso debemos respetarla. Muchos hay que hablan por pura diversión, por pasar el tiempo o por no permitir que hablen otros, también hay gentes que hablan muchas cosas sin comprender ninguna. Por otra parte, también existen eruditos incapaces de traspasar en palabras sus conocimientos. Por eso, hermanos míos, si vosotros tenéis el don de la conversación, no lo reprimáis y si no lo poseéis, buscadlo, Porque en la conversación podemos llegar al alma de nuestros amigos, poniendo nuestro propio corazón en sus oídos.

Mas, recordad siempre que el silencio es también conversación, conversación con uno mismo donde las palabras son nuestro propio pensamiento, nuestra propia meditación. Por eso, cuando hablamos, es cuando nuestros pensamientos han adquirido un vuelo alto que requiere con urgencia volar hacia otros corazones.

¡Oh, hermanos míos, no reprimáis nunca vuestra conversación! Porque vuestra conversación es un medio para sentirnos más cerca del prójimo.

¡Oh, hermanos míos, amad la conversación y practicadla siempre! Porque eso os hará mejores hombres, porque conversando aprenderéis a escuchar y a ser escuchados.

Ciertamente, amigos míos, sería bueno que siguierais conversando entre vosotros y conmigo, porque la conversación también es alimento para el alma. Es un alimento insustituible.

Así dijo El Ermitaño, el Elegido, y conversó con ellos largo rato, cosas humanas y divinas, rieron como niños haciéndose bromas y después de eso todos fueron mejores, incluso El Ermitaño, el Dulce Sabio, porque por primera vez en esta aldea, pudo ser uno más entre las gentes y aprender canciones que ignoraba.

Al rato, el capataz del grupo, viendo que ya no podrían volver a las labores, levantó la mano e hizo una pregunta:

—Maestro, vos decís que debemos conversar con los amigos y que debemos poner el corazón en ello, y también dijisteis una vez que Dios es nuestro mejor amigo, ¿podemos acaso conversar con Dios?

El Más Amado, entonces, contestó así:

—Cierto es lo que decís, vuestra conversación con Dios es posible y necesaria, es especial. Plegaria, así llamo yo a la conversación con Dios, mas esa es otra canción.

—Queremos oír esa canción —dijeron todos— y El Ermitaño, el Enviado de Dios, dijo así:

XXIII PALABRAS SOBRE LA PLEGARIA

—Queréis que os cante las canciones que aprendí sobre la plegaria, y de buen grado os complaceré.

Hermanos míos, la plegaria es la conversación con el Creador, en ella podemos dirigirnos a nuestro Padre para darle sentidas gracias sobre inmensos dones con que nos ha dispensado. Porque la plegaria debe ser agradecimiento.

Muchas veces nuestras oraciones se elevan a lo alto para suplicar beneficios, mas pocas veces lo hacen para agradecerlos. Porque los hombres nos acordamos de la Providencia en horas de apremio y sólo cuando no encontramos salidas recurrimos a nuestro Creador. Nuestra plegaria, pues, nuestra conversación, se convierte así sólo en una inmensa lista de favores deseados.

Mas yo os digo hoy que también es necesario y provechoso agradecer con nuestra plegaria todos los días y todas las horas de nuestra vida. Ésa ha de ser nuestra mayor plegaria, porque así como a los amigos debemos conversarles con el corazón, al Supremo Amigo debemos abrirle nuestro corazón agradecido. Porque yo os pregunto ¿no sabe acaso desde siempre Dios nuestras necesidades? ¿No es él omnisciente y omnipotente? ¿Para qué abrumarlo, entonces, insistiéndole a cada rato con nuestros inconvenientes? Dejemos los problemas en las manos de Él y cuando nos acordemos de ellos, volvamos a pensar en Él, porque cada uno de nosotros, con Dios, es mayoría. Demostrémosle siempre nuestro agradecimiento, aun antes que se cumplan nuestras peticiones, porque ésa es la mayor prueba de fe que podemos darle y la fe es recompensada siempre.

Cada vez que alzáis vuestras palabras en oración, eleváis vuestras consciencias a la consciencia superior y entramos en comunión con planos sutiles, reinos angélicos y celestiales y con todos los hombres de buena voluntad que pueblan la Tierra, porque Dios es padre y madre de todos los seres de nuestro planeta.

Hermanos míos, yo os digo hoy: no elevéis vuestra plegaria sólo para pedir, porque de tanto pedir puede que recibamos poco, porque Dios es amigo y Padre sabio que sabe bien qué darnos para nuestra necesidad, para nuestra superación. No hagamos con Dios como aquellos que sólo saben estirar las manos para pedir.

Ya antes hemos hablado de lo importante que es dar, hermanos míos, ¡démosle a Dios lo que se merece! Dios merece nuestras plegarias llenas de gratitud y fe, llenas del reconocimiento de su magnificencia divina, no sólo oraciones interesadas, que más parecen listas de mercaderes.

Así dijo El Ermitaño, el Elegido, y todos estuvieron de acuerdo con sus palabras. Luego, el Dulce Sabio se marchó, buscó un lugar apartado y empezó a orar, su plegaria ascendió a lo alto y luego, allí mismo, El Ermitaño, dulcemente, se durmió. Y muchos hubo que se maravillaron al ver el rostro tan feliz y lleno de paz del dormido Ermitaño.

XXIII PALABRAS SOBRE LA RAZÓN Y EL CORAZÓN

En una ocasión se encontraba El Ermitaño, el Más Amado, admirando las hojas secas que caían de los árboles otoñales, cuando llegaron hasta él algunos importantes del pueblo y le dijeron:

—Maestro, dínos vos cómo resolver un conflicto enorme. Algunos de nosotros pensamos que la razón debe ser el fundamento de nuestras obras y otros dicen que debe ser el corazón. Hay tantos argumentos a favor y en contra de cada una de estas posiciones.

Imposible es una respuesta si la buscáis por esos rumbos, difícil es una decisión, pues es difícil decidir en una encrucijada que no existe. Porque la razón, hermanos míos, es la prudencia, es aquello que nos ayuda a tomar las medidas necesarias para no despeñarnos por las quebradas. Por eso la prudencia es lentitud, porque en la calma puede prepararse mejor todo. Permite el tiempo necesario para sopesar en la balanza los pro y los contra y así decidir qué hacer con mayor certeza. Sin embargo, la razón no deja nada sin prever y por eso sus éxitos nunca se empujan más allá de lo previsto o conocido.

El corazón, en cambio, es apasionado, no mide ni razona, llena de valor su espíritu y ciega sus ojos y avanza veloz por caminos desconocidos y peligrosos. Frecuentemente el corazón vuelve herido de sus aventuras, porque pocas veces se detiene a meditar sobre las posibilidades de éxito, por eso es que sus fracasos son estruendosos. Mas sus éxitos son ilimitados e increíbles. Las grandes conquistas han sido siempre del corazón, porque la pasión de su empeño lo eleva a logros insospechados.

Pero no creáis que he olvidado vuestra consulta, vosotros queríais saber quién estaba en lo cierto y quién no, mas yo os respondo ahora que ninguno.

Porque ninguno estaba en lo cierto y ninguno estaba equivocado, ya que poseían la verdad a medias.

Lo que ocurre, hermanos míos, es que la razón y el corazón son inseparables compañeros, ambos deben combinarse para obtener los logros que deseamos. Los más antiguos sabios de la humanidad ya sabían que los seres humanos poseen dos mentes, una racional y otra emocional, una en las alturas del cerebro y la otra en la quietud del corazón. Algún día los hombres de ciencia lo enseñarán en sus universidades, cuando le den paso al corazón en sus conocimientos. Siempre, en todas las cosas, la razón tomará las precauciones necesarias y el corazón remontará las alturas en la conquista de nuevas victorias. Razón y corazón juntos son la clave del perfecto equilibrio, del enfrentar adecuadamente los desafíos.

No debéis, pues, hermanos míos, privilegiar a ninguno, poned vuestro corazón y vuestra razón a un mismo nivel y estad ciertos de que vais por el buen camino, porque no cometeréis los errores de la extrema calma, ni de la extrema rapidez.

En la razón, está el conocimiento, la inteligencia, el saber hacer.

En el corazón, está el sentimiento, la emoción, es saber amar.

Sed vosotros sabios de verdad y vivid el amor-sabiduría, fundiendo ambas mentes en vuestra vida, que es hacer y sentir. Ésa es la suma del ser.

Así dijo El Ermitaño, El Amoroso Sabio, y todos estuvieron de acuerdo en que de sus palabras brotó sabiduría.

XXV PALABRAS SOBRE LA POESÍA

Una noche quieta y estrellada de otoño, se encontraba Ermitaño, el Tan Amado, absorto contemplando las bellezas de la noche. Sus ojos tenían una expresión dulce y sus labios esbozaban una complacida sonrisa; pura paz y armonía era en aquellos momentos El Ermitaño, sentado sobre unos leños, muy cerca de una fogata. Más bien parecía un ángel niño que un anciano de largas barbas. Tal era la paz y la belleza del Ermitaño.

Y se llenaron las calles de hombres, mujeres, niños y ancianos que acudían gozosos hasta donde estaba El Ermitaño. Cuando todos hubieron llegado, el cuadro parecía una escena de pinceles celestiales.

Se acercó, entonces, al Elegido un poeta y alzando su voz sobre los otros, dijo así:

—Oh, Ermitaño, Sabio entre los Sabios, Bien Amado, Protector, Maestro, Elegido; Oh, noble superior Patriarca, Luz de nuestros dormidos sentidos; Oh, Amigo y Hermano entrañable; Divino Don Inefable, dinos ¿qué resplandor brilla en esta noche inmensa? ¿Qué oculta magia nos congrega y nos cobija? ¿Qué maravilloso portentoso? Oh, Preciado Ermitaño, ¿qué prodigios guarda esta noche? ¿Qué hechizos de belleza suprema? Dínoslo, cántanos las canciones de este misterio.

—La magia de esta noche se llama poesía —dijo El Ermitaño—

—Cántanos entonces, ¡oh, magnífico intérprete! Las canciones de la poesía —volvió a decir el Poeta y todos guardaron entonces expectante silencio.

Y El Ermitaño, el Siempre Amado, poniéndose de pie y apoyado en su bastón, dijo de este modo:

—Voy a cantaros las canciones que aprendí sobre la poesía, mas la poesía es inefable y, sin embargo, tampoco puede callarse, porque la poesía es la salvación de la humanidad, mas también su abandono, es el ascenso a otros mundos y el descenso al averno. La poesía es, como explicó un poeta, quietud y movimiento, viaje y regreso, presencia y ausencia, plenitud y vacío, ley y violación.

Ciertamente que la poesía es algo demasiado inmenso como para aprisionarla en palabras y, sin embargo, poesía hay que es la exaltación plena de la palabra. Porque la poesía es grandeza y pequeñez, belleza siempre. Impureza absoluta y absoluta pureza, canto de los pueblos y oración del solitario, bendición y maldición a la vez. Es inocencia infantil y placer sexual, idea y copia de muchas copias, misterio y revelación, la poesía posee diversos rostros, pero no tiene ninguno. Porque la poesía, sacra y profana a la vez, es belleza siempre.

Mas siempre la poesía es inatrapable, equivocados estáis si decís que puede ser aprisionada en metros y rimas, porque la poesía vuela en todas direcciones por los rincones del universo y, a veces, mágicamente, descansa en los versos de un poema, sin dejar de ser vuelo.

Por eso es que la poesía se oculta con el sol en las profundidades de los mares y se revela ascendente en el cielo matinal, porque la poesía es también el canto de la lluvia o la ira de algún dios. Es un árbol con flores primaverales y un tronco viejo y seco caído en el campo. Está en la sonrisa del niño, pero también en

su llanto. Es el coito de los amantes y la pureza del casto, porque la poesía es belleza siempre.

¿Quién podría negar que en los poemas hay poesía? Mas, ¿quién cometería el error de afirmar que todos en los poemas es poesía? ¿Y cuántos poemas hay carentes de toda poesía? Sólo cuando el poema es tocado por la magia de la poesía se convierte en obra poética. Sólo cuando el poeta logra que en sus versos destelle la poesía, está verdaderamente haciendo poesía, lo demás son artefactos lingüísticos. Desposeídos, así llamo yo a los versos carentes de poesía.

Y, sin embargo, cada palabra es poesía, porque cada palabra es la lucha entre lo real y lo aparente; entre el significado concreto y la evocación simbólica. Cada poema deberá intentar que sus palabras digan más de lo que dicen, sin dejar de decir, un solo momento, aquello que todos oyen y aquello que no oye nadie.

Porque las palabras deben intentar superar su propio y estrecho significado en una guerra heroica en la que les está prohibido perder y en la que les está prohibido triunfar.

Así, pues, la poesía lo es todo, y nada hay más intenso que la poesía, porque la poesía es la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, la danza, la naturaleza aparentemente amorfa y el poema concreto. Es la profunda revelación de nuestra alma, de la manera más amarga y más dulce, más suave y más doliente, esperanza desesperada, belleza siempre.

Por eso yo os llamo a vosotros, hermanos míos, a contemplar la poesía de la vida y a gozar de su perfecta armonía. Yo os llamo, hermanos míos, a deleitarnos con el arte de la poesía, que es el magnífico reflejo de nuestra vida.

Así habló El Ermitaño, el Poeta, y su farol resplandecía con destellos poéticos. Luego, volvió a sumirse en sus pensamientos y su contemplación y las gentes volvieron a sus casas. Fue una noche feliz, plena de sueños de Poesía.

XXVI PALABRAS SOBRE LOS LIBROS

Una mañana se encontraba El Ermitaño, el Bien Amado, leyendo un libro cuando se acercaron hasta él varios jóvenes estudiantes y le dijeron:

—Maestro, ¿para qué sirven los libros? Cada vez que nuestros maestros nos hacen leer libros, nos gusta menos.

—Me parece que no habéis descubierto la magia de los libros, de estos amigos fieles que os hacen viajar por mundos desconocidos y que os revelan los secretos de la historia humana. Toda la vida de los hombres, desde que Dios nos puso en el mundo, puede ser aprendida gracias a los libros y todo el corazón del hombre y sus sentimientos, puede conocerse en los libros. Más todavía, todas vuestras inquietudes pueden verse satisfechas en los libros.

Por eso, hijos míos, todos los libros son buenos, porque ni aún aquellos llamados malos o perversos, luego de leídos no dejan nada. Aún los libros impúdicos y desprovistos de moral nos enseñan a conocer de bajezas y desviaciones de las que debemos cuidarnos.

Y si, por una parte, no existen los libros malos, por otra, puedo afirmaros que existen millones de libros muy buenos y superiores que os abrirán los ojos y cautivarán el corazón.

Por eso es que os repito, hijos míos, mis hermanitos, os lo digo con todo mi amor y devoción, no habéis descubierto la magia de los libros y no lo habéis hecho porque no habéis estado en disposición de hacerlo. Id a los libros con respeto y alegría, con el mismo respeto y con la misma alegría con que os acercáis a un amigo, porque si así lo hacéis, os aseguro que los libros os darán las llaves de lugares encantados y os mostrarán hermosas aventuras, al mismo tiempo que os enseñarán provechosas verdades.

Nunca despreciéis a los libros, que los libros son la historia de la humanidad, la divina historia de la epopeya humana de la que todos formamos parte.

Amad a los libros y cuidadlos siempre, hacedlo igual que con aquellas cosas que conserváis con mayor cariño, porque los libros nunca dejarán de demostraros su cariño cada vez que recorráis sus páginas o cada vez que limpiéis sus lomos del venerable polvo de los tiempos.

—Así dijo El Ermitaño, el Elegido, y obsequió su libro al joven que hizo la pregunta y sacó de entre sus ropas muchos otros libros que repartió entre los demás adolescentes. Acto seguido, quedó solo y siguió leyendo un libro que, desde algún sitio desconocido del universo, vino a dar a sus manos.

XXVII LA PARTIDA DEL ERMITAÑO

Estaba ya por llegar el invierno, los árboles se habían desnudado de todas sus hojas y los pájaros habían emprendido el vuelo hacia otras latitudes. Las noches se habían vuelto más frías y poco a poco los días se habían ido quedando con menos horas y más grises. El tibio sol de la mañana ya no calentaba al Ermitaño.

Nueve días habían pasado desde la última vez que vimos al Ermitaño, al Elegido, compartir con nosotros. Se lo había pasado desde entonces sumido en una profunda oración y sus ojos revelaban algo de melancolía.

Todos en la aldea temíamos que la salud del Ermitaño se resintiera, pues tampoco ya tomaba los alimentos que le llevaban. Sólo agua y miel usaba para sobrevivir y los tomaba en poquísima cantidad cada día. Porque todo el día se lo llevaba sumido en su meditación y su plegaria. Así pasaba sus días El Ermitaño, el Muy Amado, y todos en la aldea estábamos muy preocupados, mas no nos atrevíamos a hablarle. Tal era la profundidad de las oraciones del Ermitaño.

Y el pueblo estaba triste y desanimado sin la presencia del Ermitaño.

Mas, al amanecer del noveno día, el Elegido volvió hasta la plaza central del pueblo y tal fue la expectación que este hecho causó, que todos los hombres, mujeres, niños y ancianos de la aldea dejaron sus labores para ir a escuchar la voz del Ermitaño. Llegaron presurosos y preocupados, porque presentían una dolorosa separación.

El pueblo había estado muy triste y desanimado sin la presencia de su Ermitaño.

Cuando todos estuvieron allí, el Elegido dijo:

—Pueblo que me habéis acogido desde los albores de la Primavera y que me habéis brindado vuestro amor, respeto y un lugar entre vosotros. Oh, pueblo mío, Patria mía, que abandoné un día para retirarme hasta los bosques que están más allá de los grandes ríos y de toda obra humana. Tierra en que reposan los restos de mis padres. ¡Oh, amigos míos, mis hermanos! Llegada está ya la hora en que debo abandonaros para siempre, llegada está ya la hora en que mi presencia entre vosotros será mi recuerdo. ¡Bendito recuerdo que me permite quedarme entre vosotros, mientras yo sufra por nos estar entre vosotros, mis hermanos!

Pero llegada es ya la hora de mi partida, he venido para despedirme y para cantaros mi última canción, la canción de mi gratitud. Bendiciones eternas a vosotros y a vuestros descendientes, paz y amor siempre. Gracias por vuestro cariño y por haberme permitido demostrarles lo inofensivo que soy.

Acto seguido, se despidió personalmente de todos, abrazando y besando a los hombres, mujeres, niños y ancianos de la aldea, que tenían todos lágrimas en los ojos.

Cuando hubo terminado, se marchó. Se escuchó en ese momento la voz de la Autoridad del Pueblo, quien lo llamó:

—¡Bien Amado!

El Ermitaño, se volvió. Entonces, el jefe de la aldea se adelantó donde él y le obsequió a nombre de todos un hermoso bastón tallado, de maderas del lugar y

un farol fabricado por los mejores artesanos del pueblo. Esos regalos se los iban a entregar cuando llegara la primavera, en el aniversario de la llegada del Ermitaño, mas preciso fue entregárselos antes.

El Ermitaño volvió a abrazar a la autoridad del pueblo y aceptó sus obsequios, dejando su propio farol y su propio bastón como recuerdos.

Luego se marchó y nunca más volvimos a ver al Ermitaño. Lo vimos alejarse por el camino polvoriento y fue la última vez que lo vimos.

Tiempo después supimos por unos afuerinos que un forastero, un ermitaño, que vivió largo tiempo en los bosques que están más allá de los grandes ríos y de toda obra humana, estaba llevando sus palabras a pueblos vecinos y distantes, y en todas partes lo habían recibido con recelo y despedido con lágrimas.

Acá, en nuestra aldea, nunca se borró el recuerdo del Ermitaño, se construyó una habitación para albergar su farol, su bastón, legados al pueblo y todas las cosas que mientras estuvo aquí usó o le pertenecieron y compartió con nosotros.

Un hecho relevante y mágico vino a hacer más sagrado el recuerdo del Elegido: su farol, el que nos dejó el último día, siempre estaba encendido y nunca consumió su combustible, seguía tan luminoso y pleno como el primer día.

Sin embargo, una noche ocurrió algo que conmocionó al pueblo: ocho primaveras habían pasado desde que El Ermitaño, el Elegido, llegó hasta nosotros y era la noche en que se iniciaba la novena, y justo en el momento en que saludábamos a la primavera, el farol del Elegido se extinguió, lo hizo lentamente, mas sólo nos percatamos cuando estuvo apagado.

Luego vimos un intenso resplandor ascendiendo hasta los cielos.

Aquella noche empecé a escribir este libro y hoy, nueve semanas después, aquí lo concluyo. Durante estos días ha estado a mi lado aquel libro que un día me regaló El Ermitaño y que siempre tuve guardado como un tesoro y que desde hoy nunca dejará de acompañarme, siempre irá conmigo a todo lugar que vaya.

Como el recuerdo del Ermitaño.

En Primavera.



